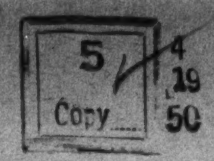


REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Miércoles 1º de Marzo | No. 6

Año XXX — No. 1105

Homenaje a Miguel Angel Asturias

Testimonios de *Salvador CAÑAS*
(En el *Rep. Amer.*)

La noche del 9 de los corrientes se tributó un efusivo y sincero homenaje de amistad y de aprecio intelectual al poeta y escritor Miguel Angel Asturias, que hasta hace poco fuera Agregado Cultural en la Embajada de su país, Guatemala, por este doble motivo: primero, por la publicación de su última novela, *Hombres de Maíz;* segundo, por su partida a la Patria inolvidable.

Lo más alto de la intelectualidad argentina. y de otros lugares de habla hispana, concurrió al ágape preparado con afecto y admiración por el poeta. Este homenaje a Miguel Angel Asturias ha comprobado una vez más el poder del espíritu en trance creador. Mensajero de las letras y de la cultura de su país, abrió cauce hondo en la conciencia artística de las gentes selectas que lo trataron. Testimonio de ello fué esta fiesta de rango indiscutible. Conquistar un ambiente intelectual como el argentino, donde por tradición es respetado y respetable, significa poseer la fuerza plasmante que elabora la obra de belleza. Miguel Angel Asturias, aunque en otros medios, como el europeo, había triunfado y sobresalido, le faltaba, sin embargo, el espaldarazo que sólo este inmenso país podía darle. Esa noche, como amigo y admirador de él, y como centroamericano, experimenté vivo orgullo, sobre todo, cuando pensé en las tierras lejanas y en proceso de definirse y de ubicarse en la América pródiga.

En el momento oportuno, el notable periodista Pablo Rojas Paz, hizo una exégesis de la última obra de Miguel Angel, *Hombres de Maíz,* como de la ya publicada *Leyendas de Guatemala.* Quizá diría mejor que Rojas divagó por los mundos de la simbología y de la añoranza, sin perder contacto con las realidades históricas. Noches atrás le había escucho en casa de Norah Lange una pieza de fino corte literario y de sutil sentido humorístico. Sabía, sin conocerle personalmente, que era un escritor de calidad y qûe ágilmente se situaba en los diversos ámbitos del intelecto; pero ahora le conozco más y le admiro por su donosura y penetración.

Xavier Abril expresó en síntesis el juicio que le merecen las distintas obras literarias publicadas por Miguel Angel Asturias. Prosa flúida, elegante y sonora la suya. ¡Y qué juego de ideas! ¡Y qué poder de interpretación! Sentimos al estilista que, sin preocuparse de preciosismos y arrumacos, cincela benedictinamente la frase. Cierto es que después de la guerra del 14, surgió en Europa y luego trascendió a América, una implacable lucha antiliteraria. Se atacó lo ampuloso, lo hidrópico, lo espumante, para expresar desnudamente la emoción y la idea. Pero muchos se extraviaron en esa lucha, porque de tan concisos y apretados



Miguel Angel Asturias
(Visto por *Toño Salazar*)

que pretendían ser, resultaron pedestres y secos. La prosa de Xavier Abril tiene la virtud de acariciar rítmicamente el oído y el alma y posee, además, densidad de sentires y pensamientos.

Norah Lange, la escritora argentina de renombre continental, gran espíritu entregado al arte como verdad de sus sueños y de su vida, leyó un trabajo literario, escrito con aticismo e intencionadamente travieso y zumbón. Hizo gala de ironía intelectual. Al referirse a algunos concurrentes en lo que tienen de peculiar y resaltante, picó la risa espontánea. El mismo Miguel Angel, el homenajeado, no se escapó de ciertas banderillas hábil y risueñamente dirigidas. Aparte del sugestivo humorismo de la pieza literaria de Norah, admiramos en ella el criterio justo y la sensibilidad exquisita. Ha habido convivialidad fervorosa en casa de Norah. En ésta suele reunirse la aristocracia del espíritu. La frecuentó García Lorca. Cuidado que en esta casa, hasta el más empingorotado, puede sentirse plebeyo.

El escritor argentino, Juan Mora y Araujo, leyó unas cuartillas que fueron la expresión sincera del aprecio intelectual de que goza Miguel Angel en los diversos círculos literarios de Buenos Aires. Habló el escritor Mora y Araujo, de la pena que causa la partida de Miguel Angel. Prosa fresca, henchida de sentimiento profundo, es la del hombre de letras en referencia.

Nosotros hablamos a nombre del Club de Prensa y de la Casa de la Cultura de El Salvador, haciéndonos solidarios con los escritores, artistas y críticos argentinos y con los otros de habla hispana en el homenaje tributado al ilustre poeta guatemalteco y esclarecido amigo nuestro.

Miguel Angel Asturias, en flor la emoción trémula, dirigió la palabra al grupo de amigos y de admiradores, que eran centenares, agradeciendo el homenaje que se le ofrecía. Al mismo tiempo exaltó el valor de la Argentina culta y elevada y de la posición que ocupa en el Continente Americano, precisamente por el avance que ha alcanzado en los distintos campos del pensamiento y del arte.

Se le entregó un artístico pergamino, firmado por todos los asistentes como recuerdo y testimonio de admiración y cariño.

Para las letras centroamericanas y americanas tiene un significado trascendental este homennaje tributado a uno de sus más grandes representativos. En la ilustre personalidad de Miguel Angel Asturias se ha rendido, incuestionablemente, homenaje de reconocimiento a los hechizados por la belleza en Centroamérica y América. Miguel Angel no es valor local, sino continental. Pensando en esta vasta y promisora porción geográfica —América— llena de fuerza y de excelencias, Asturias realizó perdurable obra artística.

Buenos Aires, 12 de diciembre de 1949.

———

AMIGOS:

Permitidme que os llame en el tono cercano.

Esta fiesta tiene para mí doble significado: el tributar homenaje al poeta y escritor Miguel Angel Asturias, con quien cultivo frecuencia emocional en la amistad y con quien hermanado estoy por la misma inquietud pura; así como el encontrarme entre exquisitos y sapientes cultores del arte y las letras en este Buenos Aires de mis sueños largos.

No existen fronteras para la gente de selección. Así vosotros habéis rendido a Miguel Angel, ayer y hoy, la pleitesía a su angustia de hombre alucinado, sin pensar nunca en su nacionalidad distinta a la vuestra. Antes de mi viaje a Buenos Aires, supe en mi Patria, El Salvador, que él, mi ilustre amigo, habíase vinculado espiritualmente a vosotros y recogido los óptimos logros en los predios del arte

superior. Opina el filósofo: "que si en política el mundo ha entrado en la época más nacionalista que haya existido, en cambio, en filosofía, literatura y arte, se vive hoy la época más universalista conocida en la Historia". Vosotros lo demostráis ahora con la plenitud del hecho y de la emoción, al expresarle vuestro sentimiento admirativo por la publicación de su libro *Hombres de Maíz* y por la pena que causa su alejamiento de la familia fraterna.

Sabe Miguel Angel que a su bella Guatemala me unen las fuerzas de vibración eterna, como son las fuerzas del espíritu. Allá me he sentido como en mi propio solar nativo, en virtud del afecto de amigos como él, así como en Buenos Aires empiezo a sentirme en la casa acogedora, gracias a vuestra iluminada amistad. Palpité con Guatemala en su heroica gesta libertaria, como sufrí en tiempo anterior en su noche opresiva. He gozado y sufrido con ella como entidad y con sus hombres de jerarquía intelectual.

La Guatemala del Padre Landívar, poeta de la Colonia, como la Guatemala de altos espíritus contemporáneos, trascendieron fúlgidamente las líneas divisionistas. Cuando estuve en La Habana, el fino poeta Morales Nadler, la exaltaba en la forma esplendorosa en un cursillo sobre Literatura Guatemalteca sostenido en la Facultad de Humanidades; otro tanto hacía en columnas periodísticas y en recepciones ofrecidas a los indiscutibles valores cubanos. Parecido ejercicio desarrolló Luis Cardoza y Aragón en Colombia y Alfonso Orantes en Panamá, Ecuador y Chile. Ahora, la presencia yq actividad literaria de Miguel Angel, en Buenos Aires, os han hablado de su Guatemala entrañable.

La Argentina vuestra, o sea la Argentina de las encendidas rutas señeras en el pensamiento, en la ciencia y en el arte, es conocida, amada y respetada en tierras de Centro América. En mi Patria, El Salvador, "el pulgarcito de América", como la llamó un poeta nuestro, Julio Enrique Avila, se admira a la Argentina forjada por pensadores, maestros, poetas y estadistas. Esta Argentina hoy tributa a Miguel Angel la inefable emoción —dual en la esencia— por el aparecimiento de su libro *Hombres de Maíz* y por su partida a la tierra fascinante.

En nombre del Club de Prensa y en nombre de la Casa de la Cultura de mi país, entidades organizadas y en función de belleza y de verdad, entidades a las cuales represento aquí, me hago partícipe de este homenaje rendido al hermano en la agonía fecunda y agradezco sinceramente vuestra invitación cordial.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS EN MONTEVIDEO

El escritor americano debe escribir para América

(En *Marcha*. Montevideo, 11 de febrero de 1949)

Cuando me encontraba en Guatemala, allá por mayo o principios de junio del año pasado, quise, como lo había hecho en otras partes, conocer los valores literarios más destacados del momento, para comprar algunos libros y remitírmelos a Montevideo.

Mis informantes me contestaron:

—Hay una novela que se titula *El Señor Presidente* que no podemos dártela porque está agotada, pero que aquí se considera como la mejor producción de los últimos tiempos.

Una vaga promesa de envío dejó en pie la esperanza de obtenerla.

En México poco después, frente a la misma indagación me contestaron idéntica cosa. *El Señor Presidente*, escrito por Miguel Angel Asturias, un escritor que "había pasado muchos años en Europa", era a juicio de mis informantes, el libro que continuaba la tradición literaria de *Los de Abajo* de Azuela, y *El Aguila y la Serpiente* de Guzmán. Había tenido un éxito extraordinario en México y su título por más de dos meses había lucido en letras luminosas en el lugar de honor de las librerías de la Alameda.

Ya estaba casi agotado pero lo pude adquirir y me lo envié a Montevideo —com overá el lector tenía un intenso intercambio conmigo mismo— pero a causa del correo, junto con muchos otros libros, fué a perderse en quien sabe que encrucijada del largo camino.

El otro día apareció por aquí Miguel Angel Asturias, un guatemalteco cincuentón que había sido compañero de estudios de Quijano en Europa y fundador con él, de la Asociación de Estudiantes Latino Americanos. En rueda, en torno a la mesa, una referencia a *El Señor Presidente* me lo identificó como el autor del libro que gozaba de tanto prestigio en el norte latino.

De esa reunión nació la realización de este reportaje para *Marcha*.

Miguel Angel Asturias es un escritor de sólida y vasta cultura, de formación europea, que no le ha hecho perder sin embargo, su firme raíz americanista. Tiene obras traducidas al francés y al alemán; y parcialmente al inglés y al italiano. Ha merecido el elogio de las personas más cotizadas de Francia y hasta ha sido laureado en París. Y sin embargo, como se verá en sus declaraciones, nada de eso ha afectado su posición de escritor americano, que siente como deber primario, la militancia en defensa de los que en este Continente no han logrado aún la jerarquía de seres humanos; la necesidad de que el escritor sirva a este penoso y lento progresar de América Latina.

Pero vayamos a lo que dijo para los lectores de *Marcha*, que es lo que interesa.

Le preguntamos más o menos así:

—¿Cuál cree usted que es la posición que corresponde al escritor americano, parte integrante él, de esta sociedad que tanto necesita para su mejoramiento?

—En la obra a realizar en América, el escritor debe buscar, de preferencia, el tema americano y llevarlo a su obra literaria con lenguaje americano. Este lenguaje no es el uso del modismo, simplemente. Es la interpretación que la gente de la calle hace de la realidad que vive: desde la tradición hasta sus propias aspiraciones populares.

Frente a la literatura europeizante, el escritor americano, poeta o prosista, tiene que tomar actitud en favor del crecimiento de una literatura americana. Esta literatura ha sido negada sistemáticamente, pero esa negación no tiene valor ya que la influencia americana gravita desde mucho tiempo en las obras que nos han legado tanto la tradición indígena como la hispánica de la época colonial.

Los temas americanos deben ser llevados a lo universal. Pero sólo se universaliza aquello que tiene honda raíz en la tierra misma. De donde se deduce que en América los países que más literatura propia han dado, son aquellos cuyos poetas y escritores extrajeron de sus pueblos, con más autenticidad, paisajes, costumbres, creencias; es decir, lo que es más vital y humano.

Hay escritores europeizantes que imitan a Europa siendo americanos. Y hay europeos que escriben sobre Améirca, pero que, desgraciadamente, hoy están muy lejos de aquéllos que en siglos anteriores escribieron grandes obras sobre este Continente.

—¿Cuáles son las obras que considera usted que han logrado mayor altura en esta tendencia americanista?

—Yo divido —prosigue el Dr. Asturias — para distinguir los valores, los escritores que llamaríamos preciosistas, que forman un grupo y los que tienen una marcada tendencia por lo social. Estos últimos dieron origen a una literatura americana que dió una guantada a lo lírico para poner por delante los problemas del Continente. Sus representativos son bien conocidos: Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Jorge Icaza. A mi entender el punto más alto lo ha alcanzado Gallegos.

Esta literatura social —hay que señalar esto muy bien— es la más netamente americana. Su aparición en este siglo no es sino la reaparición de una corriente que viene de muy antiguo. Los indígenas, a quienes los frailes enseñaron los caracteres latinos, escribieron sus primeras obras con un carácter marcadamente social, y denunciaron en ellas el trato de que eran víctimas por parte de los conquistadores. Entre estas obras pueden citarse los libros llamados de Chilán-Balam aparecidos en distintos sitios del área geográfica maya, y en los cuales vibra la queja del aborigen atropellado y oprimido por el imperialismo que lo sometió a la condición de esclavo.

Muchas obras de esta literatura desaparecieron, pero los vestigios que quedan de ellas demuestran que, como reacción del indígena culto ante la barbarie de la conquista, nació una literatura americana, de tendencia social.

Pasan los siglos; la literatura durante la Colonia corre por cauces hispanoamericanos, pero desde entonces apuntan brotes de aquella literatura criolla preocupada por problemas de

orden social. Y cuando nuevas formas imperialistas, dominan las fuentes de riqueza de América esclavizando democráticamente al trabajador campesino y al obrero, surgen los libros que tanto escandalizan por su crudeza. Los temas vuelven a tratar esta nueva esclavitud; denuncian los nuevos hechos y en ellos se muestra la llaga palpitante de nuestra realidad. Se cambian los telones que pintan paraísos terrenales, usados por cierta literatura lírica, y se sustituyen por los brochazos auténticos que muestran un mundo hecho de realidades.

Sin embargo, hay que hacer notar que esta nueva literatura que denuncia hechos y muestra llagas no boga hacia la desesperanza, ni participa de pesimismo alguno. Por el contrario; a través de esas obras valientes se deja entrever la esperanza de una América más americana y, por lo tanto, mejor.

Como nuestro entrevistado ha realizado estudios de muchos años sobre lenguas y literatura americana antiguas, le pedimos una información muy somera sobre las conclusiones a que ha arribado a través de sus investigaciones. Nos dijo más o menos esto:

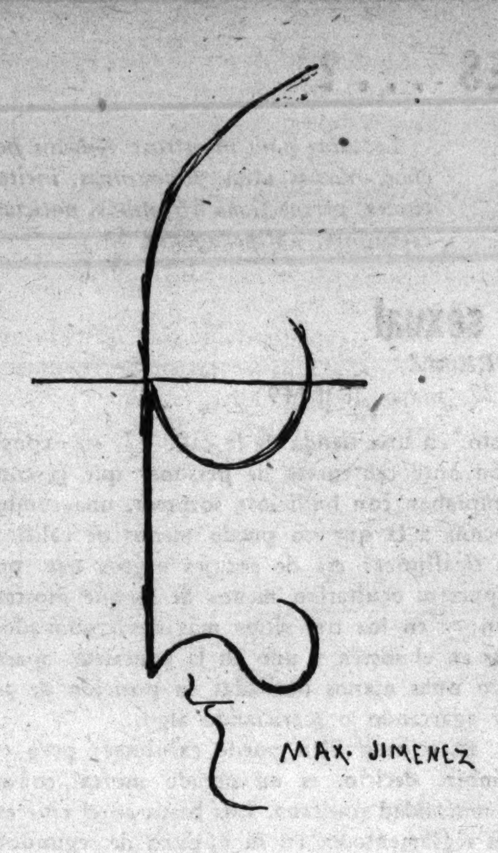
—Los documentos que tenemos demuestran la existencia de una literatura americana que habría alcanzado su máximo desarrollo, como lo alcanzaron la egipcia, la indostánica y la griega. El indígena, y circunscribiéndonos más, el maya, antes de la Conquista empleaba para escribir el sistema ideográfico valiéndose de símbolos. Escribían dibujando y esculpiendo. Las páginas de los códices conocidos, que no pasan de cuatro, demuestran que la habilidad de los indígenas es sólo comparable con la de los miniaturistas de la Edad Media. Para expresarse ya tenían que ser poetas, pues lo hacían por medio del símbolo que sugería la idea de belleza o el sentimiento humano que querían expresar.

Esa escritura la realizaban sobre cortezas de un árbol llamado amatle; cortezas que con un baño de cal y algunas sustancias oleaginosas, quedaban en condiciones de recibir el trazo del dibujo o el color. Estas cortezas formaban hojas que eran dobladas a manera de biombo. Los cronistas españoles, el padre Ximénez entre ellos, tuvieron estos libros en sus manos; algunos hasta empastados. Los soldados de la conquista hablan en sus crónicas de gentes que escribían como los chinos.

De esta primera etapa pasa la literatura americana a la escritura con caracteres latinos, pero expresándose en idiomas nativos. Es así que apareció escrita la obra más importante, el Popol-Vuh, que en quiché —una de las lenguas guatemaltecas derivadas del maya— quiere decir *Libro del Consejo;* el nombre viene de que el Popol-Vuh era la obra en que se aconsejaban los señores, sacerdotes y caciques.

El Popol-Vuh por su naturaleza, puede compararse con la Biblia, el Corán o el Rubayata.

Existe además en la literatura maya guatemalteca, la única obra de teatro americano que no puede ser sospechada de influencia extraña. Se llama, traducida, *El Guerrero de Rabinal*. La novedad del diálogo consiste en que los personajes al hablar, por una especial cortesía, se ven obligados a repetir, antes de contestar, el parlamento anterior. A la larga la obra es fatigosa, pero contiene, en su expresión y modalidades, un gran colorido. Traduce, con bastante precisión, la manera de pensar y sentir estos primitivos americanos.



Miguel Angel Asturias
(Visto por *Max Jiménez* en 1930)

A Miguel Angel Asturias le ha dado gran renombre en el norte su novela El Señor Presidente. *Me pareció una buena oportunidad averiguar la opinión de su propio autor, ya que la novela, reeditada recientemente por una editorial argentina, se conocerá ampliamente muy pronto en nuestro medio. A título informativo diremos que el libro se desarrolla en la época de la tiranía de Estrada Cabrera, personaje que gobernó dictatorialmente a Guatemala desde el 98 hasta 1920. En lo que se refiere al tema, hace recordar a* Tirano Banderas *de Del Valle Inclán, aunque lo separa de éste la natural diferencia de su raíz histórica y el hecho de que su autor vivió en los primeros años de su vida, el ambiente creado por la tiranía. Asturias, que evidentemente no quería hablar de su obra, hizo este comentario:*

—La novela fué escrita sin un plan literario determinado. Los capítulos se fueron sucediendo uno a otro, como si obedecieran al engranaje de un mundo interno del cual era yo simple expositor. Cuando la terminé me di cuenta que había llevado al libro —no por medios literarios conocidos, de esos que se pueden expresar, didácticamente, sino por esa obediencia a las imposiciones de un mundo interno, como dije antes— la realidad de un país americano, en este caso el mío, tal como es cuando se somete a la voluntad de un hombre.

Durante la época de la dictadura a que se refiere el libro yo era un niño, un adolescente y alcancé en ella la primera juventud. Por eso considero que, sin haber tomado parte alguna en los acontecimientos, a través de mi piel se filtró el ambiente de miedo, de inseguridad, de pánico telúrico que se respira en la obra.

Para mí el valor de esa novela, si alguno tiene, está en la enseñanza que significará para los países de América, el mostrar lo que es para un país el entronizamiento de un hombre a cuya voluntad quedan sometidas todas las fuerzas vivas de la sociedad.

Pero pese a ser los hechos que narra de hace ya bastantes años, de ningún modo lo considero inactual: el mismo aire que se respira en el libro, transferido a la realidad de ahora, es el que se respira en el Santo Domingo de Trujillo, en la Honduras de Carías, o en la Nicaragua de Somoza.

Frente a otra pregunta nuestro paciente interlocutor contestó:

—Es un tema obligado de todo reportaje, proclamar la necesidad de un mayor conocimiento entre los escritores y poetas. No para cambiarse mutuos elogios que ya no se cotizan a causa de la putrefacción que sufre la prensa. El entendimiento entre los escritores tiene que ser para procurar que en los países se mantenga el respeto por la libertad de expresión ahogada por intereses de todo orden.

Los escritores americanos deberán formar grupos —inicialmente podrían ser tres: uno en México, otro en el Caribe y otro en Sudamérica —que se encargasen de la distribución de libros, organizasen librerías y editoriales; es decir, que creasen el arma económica para que en esta Hispano América suceda alguna vez lo que ocurre en Estados Unidos donde el escritor puede vivir de sus libros.

El libro americano contra todo lo que se dice, es falso que sea aceptado con beneplácito por editorial alguna. Las editoriales prefieren la mala traducción del libro extranjero y sólo como aventura conciben la publicación de libros americanos.

Para finalizar este reportaje le preguntamos a Asturias, residente por algún tiempo en Buenos Aires, sobre qué estaba trabajando actualmente.

—Está para salir a luz una obra antológica que he titulado *Sien de Alondra* y que comprende 30 años de poesía: de 1918 a 1948. La prologa Alfonso Reyes. Además para mediados de año ya estará editada una novela que titulo *Los Hombres de Maíz* y que se inspira en la lucha sostenida entre el indígena del campo que entiende que el maíz debe sembrarse sólo para alimento y el hombre criollo que lo siembra para negocio, quemando bosques de maderas preciosas y empobreciendo las tierras para enriquecerse.

Como usted sabe —concluyó— un drama o una parte del gran drama de esta América nuestra.

J. C.



QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Educación sexual

Por *Antonio ARRAIZ*

(En *El Nacional*. Caracas, 27 mayo de 1949)

Este es un país de extraordinarios contrastes, pero pocos de ellos tan llamativos como los relativos a cuestiones sexuales. En este sentido se pueden observar las mayores contradicciones. En gran parte, la existencia norteamericana gravita alrededor de la atracción de los sexos. Uno de los fenómenos más importantes de esa existencia es, sin duda, el de la publicidad. Probablemente en ningún otro país del mundo la publicidad desempeña el papel preponderante y absorbente que tiene en los Estados Unidos. Todo cuanto se hace está alimentado por el activo combustible de la publicidad. Hasta las cuestiones religiosas, que en el resto del mundo se hallan generalmente revestidas de una cierta gravedad respetuosa y discreta, como un velo, pueden ser aquí objeto de franca publicidad. En los buses y subways se ven con frecuencia avisos con versículos de la Biblia y sentencias de los Evangelios. En uno de los lugares céntricos de Nueva York hay un enorme anuncio luminoso con una de estas frases y la imagen de Jesús: tranquilamente se codea con los avisos de chiclets y de prendas de vestir más o menos íntimas.

Ahora bien, a su vez, la publicidad gira casi indefectiblemente en torno de la cuestión sexual. Sea lo que fuere que se anuncie, un dentítrifo, un automóvil, un libro acabado de aparecer, una nueva marca de un jugo de tomates, una campaña de recolección de fondos a beneficio de una obra de caridad, el artificio es siempre el mismo: una mujer bonita, de floreciente juventud, con una sonrisa invitadora en el semblante, a veces acompañada de un joven también rebosante de salud y de atracción física. Se desnudan las piernas, se insinúan y muchas veces se muestran casi por completo los muslos redondeados, los incitantes pechos, la estrecha cintura, el torso voluptuoso. Se les coloca en actitudes lánguidas o provocadoras. Por dondequiera hay la sugestión del beso y del abrazo. En los carteles de los vehículos, en las páginas de los diarios y en las vidrieras de las tiendas se exhiben con frecuencia dormilonas, túnicas, fondos, combinaciones, pantaleticas y sostenes, colocados sobre maniquíes francamente turbadores. Yo he visto, en una tienda de la calle 42, en exposición ante centenares de personas que la contemplaban con bulliciosa sorpresa, una combinación a la que no puedo menos de calificar de sicalíptica: era de encajes negros que, por supuesto, ocultarían menos de lo que mostraban; y en los tres sitios más desvergonzados, dos en el sostén y uno en la pantaleta, aparecían unas manos bordadas en posición de estar agarrando o acariciando algo...

Esto muy bien puede exhibirse; pero en cambio, decirlo, es un pecado mortal contra la moralidad puritana. Los besos en el cine están reglamentados en su número de segundos; las novelas pasan por una escrupulosa censura. Si yo escribiese para un periódico norteamericano, no podría relatar, como lo he hecho, lo que la tienda en cuestión muestra con toda tranquilidad a los millones de seres que a diario pasan por la calle 42.

Hay un riguroso y tremendo sentido de la ética en cuestiones sexuales. Las convenciones sociales norteamericanas prohiben que el transeunte mire con interés o con atención a una mujer bella que anda por la calle o que está sentada a su frente en el tranvía. Una pareja juvenil ha ocupado un banco en un parque, un asiento en el autobús, o un par de butacas en el teatro; y allí se dedica, en público, a las más refinadas manifestaciones mutuas de su pasión. Nadie los ve, nadie repara en ellos, nadie lo comenta. Así como es el pan nuestro de cada día para la representación plástica, el amor físico es tabú para la interpretación oral o escrita. En la palabra está el pecado.

Y, por último, coincidiendo con esa severa mogigatería social, hay un poderoso movimiento de libertad absoluta de pensamiento en lo relativo al sexo, que tiene sus más esforzados adalides en el valiosísimo sector del magisterio norteamericano. Si existe algo en este país que impresione por su fuerza, su vitalidad, su idealismo, la solidez de sus principios y la amplitud de sus conceptos, es esa brillante legión de educadores que principia con los más altos profesores de las más encumbradas universidades y termina con la ínfima maestrica en el más modesto caserío. Cuando se piensa en ellos no puede uno menos de presentir, emocionado, cuál será el formidable porvenir de los Estados Unidos; a qué máximo grado de influencia universal podrá llegar este país que reúne de ese modo, a la abrumadora fuerza de su riqueza material, mayor que la de todo el resto del mundo unido, la audacia de esas combativas promociones intelectuales que en la actualidad se engendran en su seno: sus pedagogos, sus hombres de ciencia, sus profesores, sus artistas, sus literatos, sus dramaturgos, sus pintores y escultores.

En días pasados, mientras recorría las galerías del Museo de Ciencias Naturales, quedé estupefacto: por medio de una serie de vívidas representaciones en bajorrelieves con colores naturales, y en una forma notablemente gráfica y elocuente, se presentaba ante mis miradas atónitas toda la evolución del feto humano, desde el momento de la concepción hasta la del nacimiento. Pero no era yo el único que lo miraba: una gran cantidad de personas estaba allí congregada en seria y cuidadosa contemplación; y las había de todos los sexos, de todas las edades, de todas las posiciones sociales. Había allí hombres y mujeres, viejos y niños, mujeres con sus maridos, tomados del brazo, novios con sus novias, doncellas y donceles, niños de tierna edad, a quienes sus padres o sus maestros explicaban, sin sonrojarse, cualquier detalle que les preguntaran.

Es muy importante el movimiento que existe en los Estados Unidos en favor de la coeducación. Hace tiempo publicaron los periódicos informaciones acerca del juicio que se había instaurado en uno de esos centros de moralidad pública, que tanto abundan en este país, contra el rector de un colegio, que permitía que los muchachos y las muchachas se hiciesen recíprocamente visitas en sus dormitorios particulares hasta altas horas de la noche. —No veo ningún inconveniente en que un muchacho visite a una muchacha durante la noche —contestó el maestro— siempre que se porten con dignidad y con decencia. Y mis alumnos son dignos y decentes.

En esta ciudad existe lo que se llama el Consejo Cinematográfico de Nueva York (New York Film Counsil), el cual acaba de celebrar su convención anual en este mes de mayo. En esa convención, la doctora Ruth Bochner, pedagoga, psicóloga y psiquiatra infantil, declaró que, en contra de lo que generalmente se cree y se teme, los niños de ambos sexos que presenciaron hace poco la exhibición de una película de 16 milímetros sobre educación sexual, respondieron a esa experiencia "con una actitud digna, serena y razonable".

En su discurso ante la convención, la doctora Bochner, quien, a su vez, es madre de tres niñas, opinó que debido a la ignorancia, a la turbación y a la confusión que les produce ese tipo de preguntas, y al deseo de salir de ellas con una contestación rápida y evasiva, los padres forman involuntariamente en los niños una especie de peligroso complejo alrededor de los asuntos sexuales. Como consecuencia, es a las escuelas y a los colegios a quienes compete encararse con ese problema y disipar semejante complejo. Los maestros no tienen por qué sentirse cortados ante sus alumnos, de la misma manera como se sienten los padres. Pe-

ro a su vez, esta tarea implica la preparación de los profesores de modo que llenen adecuadamente tan delicado cometido. A esta última necesidad responde la película "Reproducción Humana", a que me he referido. La doctora Bochner la considera de gran utilidad tanto para maestros como para alumnos.

"La esencia de la educación consiste en enseñar a defenderse —expuso ella—. Yo creo que el sentido de la defensa se logra por medio del conocimiento. Cuando se conoce un peligro, se está en capacidad de combatirlo. Los grupos mixtos de niños que han visto esa película han reaccionado con dignidad, serenidad y espíritu razonable. Una niña de diez años que la presenció me dijo: —Es la primera vez que me enseñan esas cosas sin que yo me avergüence ni se avergüence quien me las enseña.

El pastor James H. Link, de la iglesia protestante Inmanuel Union, dijo que proyectaba utilizar la película, así como otra anterior que se titula "Crecimiento humano", en su obra educacional. "Mi experiencia en el sacerdocio me ha convencido de la conveniencia de iniciar la educación sexual tan pronto como sea posible. Se necesita urgentemente que las iglesias colaboren en ese problema. Los padres están ansiosos de que se les ayude a solucionarlo, ya que ellos se encuentran entrabados por tantas y tan naturales dificultades. Nosotros repartimos folletos sobre la materia durante nuestros oficios religiosos y han dado el mayor resultado".

La señora Esther Spier, consejera del Comité de Educación Cinematográfica y Audito-Visual de la Unión de Asociaciones de Padres, dijo que la exhibición de "Crecimiento humano" tenía el notable efecto de lograr, por lo menos, que rompiesen las barreras de timidez, de prejuicios y de inhibiciones sociales, que separaban a los padres de sus hijos, a los maestros de sus alumnos, y daba libertad y naturalidad a las conversaciones y discusiones sobre el particular.

En atención a las anteriores exposiciones, el señor Irving Jacoby, de la compañía anónima Productores Cinematográficos Afiliados, y presidente del Consejo Cinematográfico de la ciudad, respondió que la junta directiva del Consejo se proponía pasar una resolución por la cual se solicitase la exhibición de ambas películas en todos los colegios de Nueva York, a la vez que se prestase mayor atención a la preparación de maestros y profesores para la educación sexual.

Nueva York. Mayo 1949.

Simbología del maridaje ibero - indio

por Manuel GUTIERREZ de la FUENTE

(En *Rep. Amer.*)

La machacona idea de Vásconcelos en defensa del mestizaje, tan felizmente dado en América, merece indiscutiblemente consideración y cariño. Mestizaje, al cual, no sólo se entregan los pueblos ibéricos, sino que, a través de inmigraciones continuadas, contribuyen la generalidad de los europeos. El esclavismo aporta también, en circunstancias desgraciadas, una considerable masa de espíritu negro. Sin embargo, la entrega fecunda que lo hispánico hace de sus caracteres peculiares, genuinos, de donde emerge su particular modo del ser religioso; por las evidencias históricas de su descubrimiento, y por su cuantiosa contribución humana, merece una mayor preocupación científica y una severa crítica. Nuestro trabajo de hoy no pretende explicar y menos definir —en lo erudito se entiende— la trascendencia de este grande y maravilloso mestizaje. Nuestro propósito es fijar los símbolos que mutuamente se ofrecieron, indios y españoles, en su encuentro grandioso. Símbolos, como representación de una realidad cognoscible.

Para iniciarnos en el estudio y fijar estos símbolos, es justo y acepto plenamente el atinado consejo del ilustre mexicano Dr. Manuel Gamio: "¿Qué mejor complemento puede existir para el tipo físico suministrado por la antropología que la bella representación pictórica elaborada por un Alfredo Gálvez Suárez, un Diego de Rivera o un Francisco Goitia, la cual nos ofrece conocer hondos aspectos humanos que la antropometría, la fisiología y la psicología no atinan a describir?" Igual provecho que lo plástico, nos puede dar lo literario. En poemas o en novelas, como en la dramática, podemos estudiar lo espiritual de aquel proceso. En el presente estudio la hermosa materia prima que nos permite meditar sobre el maridaje ibero-indio, es la epopeya teatral *La Amazonia*, que tan generosamente ha tenido la amabilidad de enviarme su eximio autor Edgardo Ubaldo Genta, el poeta-soldado de la República Oriental del Uruguay. En *La Amazonia*, aparte su alto interés literario, se desarrolla en sí misma, al brazo de la más atinada inspiración, la simbología de la gran boda hispano-india.

La epopeya comienza a narrarse cuando el capitán español Francisco de Orellana, al frente de sus aguerridos soldados y con la sombra tutelar de Fray Gaspar de Carvajal, cronista que fué de la hazaña, dió conquista a la incaica ciudad de Cuzco. Este capitán vive el símbolo ambicioso de los conquistadores: su sed de riquezas, de gloria aventurera, de poder. Frente o Orellana, el símbolo aborigen se vive en la figura de la reina Toa: testarudez, oposición, y terminar entregándose al embrujo de los conquistadores. Crueldad y astucia, frente a frente. En el primer encuentro, pues, los elementos en colisión no son aparencialmente de los más halagüeños. Entre conquistador y aborigen no se ofrecen, en principio, sino una ética negativa. Es una constante histórica que alguna vez merecerá el estudio detallado. Tal constante no merma las cualidades éticamente óptimas de cualquiera de los dos elementos en lucha, y particularmente en este caso en que el conquistador es un intruso sangriento en la tierra tradicional. Dos consecuencias simbólicas podemos concretar de este primer choque: uno, la misma constante histórica enunciada, toda lucha por conquista y aún por defensa implica actos amorales, la crueldad del uno y la astucia de la otra son si quiere razones de buena ley, pero punibles; otro, más biológico, de la masculinidad para el conquistador y la feminidad para el aborigen atropellado, presuponiendo una razón cultivada para el uno y una fuerza cósmica para el otro. Este último símbolo define justamente las aportaciones originales de cada uno al gran maridaje, sin negar un ente cultural en la reina Toa. La primera jornada termina con el triunfo de la astucia india convenciendo a los ambiciosos españoles para internarse en la selva, donde encontrarán la muerte y no el aurífero Dorado ofrecido.

En la segunda jornada, ya en plena selva, cuando los conquistadores comienzan a padecer por su ambición desmedida, el autor nos expresa quizá, con una perspicacia en todo punto genial el símbolo más fuerte de cuantos la epopeya nos ofrece: la reina Toa comienza imperceptiblemente su entrega espiritual al capitán Orellana. Entrega de apariencias materiales, genéticas, donde la espada sangrienta del español hará de faro generador. Más tarde declarará su amor de reina destronada. La primera expresión, la que se nos da en esta segunda jornada, es la negligencia en cumplir lo que su astucia hubo de planear. Frente a ella la tribu de los jíbaros en torno de su "payé" o hechicero, simboliza las fuerzas aborígenes, insobornables y varoniles. Mientras que en el conquistador triunfa su masculinidad, en el aborigen se sacrifica: la misma constante histórica que apuntábamos. Mas el triunfo de la masculinidad conquistadora requiere del sacrificio, del padecer, para que sea exactamente vencedora. Así es su correría por la selva: penitencia anticipada.

Llegada al Dorado. Las fuerzas aborígenes (el aquelarre y el concejo de amazonas) presienten la entrega espiritual de Toa. Este tercera jornada es la de más fondo telúrico. La llegada del capitán con sus soldados extenuados, vencidos casi, pero con un presentimien-

to que se traduce en el deseo de orgía morbosa, da paso a la celebración del maridaje, que se oficiará según los ritos más remotos en el origen de los pueblos, cual es el rapto violento de la novia. Popula, la reina raptada, la condenada a ser eternamente virgen por su pueblo, lleva en sí una doble figuración simbólica. Por una parte es el elemento puro, intocado, jamás hollada por el deseo de los suyos y a su vez incapacitada para palpar ni siquiera ver, la realidad circundante. Su ceguera y su clausura es un arcano felizmente señalado por el poeta. Es, pues, el elemento único que puede señalarse como señal de victoria al poseerla. En la duplicidad de su símbolo podemos apreciar también que su situación virginal defendida tan fuertemente por las icamiabas, representa un gesto de decadencia por parte de sus guardadores. El maridaje Orellana-Popula, entre el vencedor de los selváticos y vencidos de sus fuerzas y la reina virgen intocable, es algo así como el Adán y Eva del gran mestizaje.

Edgardo Ubaldo Genta merece el más cálido homenaje por su acierto poemático. Aún, todavía, en la cuarta y última jornada, en superación creciente, los símbolos adquieren la más alta calidad. La escena se ha trasladado finalmente al delta del río de las Amazonas. En un amanecer, los españoles ahitos ya de gozar el fruto de su rapto colectivo comienzan a escuchar la voz de la conciencia nacional en la figura de fray Gaspar de Carvajal. La voz que todo el pueblo guerrero escucha con amor y arrepentimiento. Pero, uno solo, único, el capitán Francisco de Orellana no escucha el decreto de la consciencia porque aún goza y seguirá gozando eternamente en los brazos de la reina Popula, mancillada por él y al mismo tiempo salvada. Sin embargo, el maridaje consumadó aún requiere de un acto final que, como en rito catedralicio, algo se sacrifique para sancionar "jurídicamente" el nuevo matrimonio. La aparición en escena del rey Blanco y la reina Toa, la reina estéril, con todo el pueblo suyo en masa, comienza a legalizarlo. El sacrificio necesario toca a la reina Toa, por algo es estéril; declarando su amor al capitán, asesinando a su hermana Popula y ofreciéndose al pater para ser incrustada en la cruz cristiana y darle vida, la suya, la aborigen, la americana. La que fué estéril se hace parturienta en la gran matriz de América: el delta del río de las Amazonas. De su entrega trágica nace el primer mestizo espiritual que animará hasta hoy y por siempre el mañana de América.

"Sólo el español supo que había hecho una cristiana de la india, y que su hijo sería cristiano y súbdito del rey". Estas palabras de Waldo Frank, resumen la idea central de la epopeya de Genta. Sólo que, considero yo, se manifiesta bondadosamente al considerar al español una situación consciente de su labor histórica. El autor de la epopeya simboliza la verdad con más luz al expresar en sus personajes fray Gaspar y particularmente en el piloto Alonso de Robles, como opositores y fiscales sobre el atropello cometido en las vírgenes amazonas. La representación de la iglesia y del pueblo sano español, simbolizados en ambos personajes, no aprueban el dictado de la historia, del ilustre americanista norteamericano. La razón de ser del hecho histórico y su pura trascendencia es un acontecer a posteriori. De aquí que la epopeya del gran poeta-soldado esté acertadísima y plena de conocimientos. En el origen de cualquier suceso histórico la verdad de su cometido se expone nebulosamente, sin esta claridad meridiana que hoy, después de cuatro y medio siglos, lo estamos expresando. Así y todo cabe la más ardua tarea en cuanto a la verdad intrínseca. No vale ni aun siquiera pertenecer a un pueblo neutral para opinar desinteresadamente. En este mismo escrito no dudo de expresarme como español y como tal pleno de parcialidades. Pedir perdón tampoco es sensato. Sería anular la propia opinión, que yo creo firme en mi razón. Volviendo a la obra de Genta, yo proclamo que su epopeya es, acaso, de las expresiones literarias más completas y más acertadas de cuantas conozco hasta hoy. En esa petición de entrega por parte de la reina Toa, para ser adherida a la cruz de Cristo, para vivificarla con su sangre indígena se muestra el rasgo capitalísimo que nos mostrará el mestizaje. En esa petición sublime, está totalmente definido el ser real del indio. Ese ser que pide sea investigado el ilustre profesor Lipschutz. Ese ser que habíamos definido, robando las líricas palabras de Gabriela Mistral, de "hombre-fruto". Ese nacer del hombre americano, del indio, como arboleda o como chorro de sus volcanes, complementa sobre la cruz cristiana, de seguro, el hecho más importante de la historia que nos ocupa. De este ser y de la aportación española ya hablaremos otra vez. De la aportación española nos agrada compartir, en principio, de la opinión del profesor Lipschutz, con discrepancias someramente exteriores. Lo que él llama "neofeudalismo". Hay mucho de medioevo en la aportación española, según la hora del descubrimiento. "América —dice Edmundo O'Gorman— aparece en el horizonte de la cultura cristiana precisamente en el momento en que al declinar la edad media, se quedaba sin Dios". España retrasada humanísticamente aún todavía persistía por lo medioval y no es extraño, pues, la creencia del citado profesor.

Sevilla, España, 1949.

Mosaico espiritual

(En *Rep. Amer.* y a propósito del Artículo 67 de la Constitución)

Repasando la historia de Italia, me encuentro con aquella víctima de la intolerancia y del fanatismo, una de las mayores figuras del mundo: a Giordano Bruno, quien había proclamado la divinidad del hombre, diciendo que el espíritu humano es como el agua que busca siempre su nivel y como procede de la Divinidad, va el espíritu humano en pos de Dios, que es la única fuente de vida.

He aquí la verdadera religión: el ansia, la aspiración del alma que quiere volver al seno de donde emanó. Es el hombre un ser eminentemente religioso, que aunque se declare ateo, tiene siempre un ideal, que por rastrero que sea, es lo que él adora, es su Dios. Cuando el ideal se purifica y se eleva, culmina el concepto de la Divinidad. Pero no puede formarse idea exacta y comprenderla hasta que se haya realizado la unión, que ha sido y es el anhelo de los místicos de todos los países. Este es el fin de la religión.

Hay unas leyes eternas, por cuya obediencia se perfecciona el hombre por el camino que conduce a Dios. En todas las religiones hay seres que siguen inconscientemente este camino, encontrándose con extraordinarios poderes, de que ellos mismos se maravillan. Creen entonces que el Dios de su religión les ha concedido tan gran favor y se figuran que no podría concederlo a los fieles de otras religiones. Esta mezquina idea es falsa. Dios no concede favores a nadie. Esto sería una gran injusticia. Siguiendo sus leyes se adquiere la inmortalidad. Ni los secuaces de Buda, de Alá, de Jehová ni de Cristo tienen especial privilegio; todos los caminos sirven para llegar a la perfección, cuando se adaptan a las leyes naturales y espirituales.

No hay religión que no tenga razón de ser. Ocupa su lugar según la época y las condiciones del pueblo para el cual fué destinada, pero no es ni puede ser inconmovible. Cuando ya no se adapta a la evolución moral de un pueblo, debe transformarse y dar sitio a otra superior. Así pasó con el Paganismo.

No soy la persona llamada a juzgar, ¡líbreme Dios de semejante cosa! Pero tenemos que afirmar que existe mucha hipocresía en el mundo; hay mucha falsedad y ha llegado el momento de llamar las cosas por su nombre,

aunque nos lapiden y caiga quien caiga. Se toleran muchas infamias contra las que la conciencia honrada se rebela; y, sin embargo, la rutina, las conveniencias sociales, los intereses creados sirven de excusa a lo que pierde al mundo.

Hay tres grandes llagas que deberían cauterizarse de raíz: la fuerza bruta, puesta al servicio de la arbitrariedad y la injusticia con violenta y cobarde imposición. La plutocracia que corrompe toda conciencia comprándola con el dinero ganado generalmente explotando al infeliz o al pobre. Hoy se dice que lo que importa es tener dinero. Esa es, según dicen y creen, la llave de la felicidad. ¿Puede darse peor perversión?

En tercer lugar tenemos el clericalismo (conste que no hablo de la verdadera religión, sino de los abusos de sus ministros materializados) que quiere imponerse ostentando un poder espiritual para mandar en la tierra a su antojo, oprimiendo injustamente a los que no les obedezcan y excomulgando a los que no piensan como ellos. La verdadera religión es amor y no odio. Bajo su estandarte se reunen los impíos sedientos de dominio y riquezas. Ya se valió de las armas, de las hogueras, los tormentos y hoy pugna contra la libertad de conciencia, pues quisiera tener a la sociedad en el puño. Guerra a esas tres fieras, que como terrible cancerbero obstruyen el verdadero camino del progreso humano, único que conduce a la felicidad que, como dije anteriormente, no puede conseguirse más que por el amor.

Las almas nobles y generosas lo han sentido siempre, lo sienten y lo sentirán, aunque la prudencia o el miedo hayan sellado sus labios.

Decía Concepción Arenal, mujer valerosa y de gran corazón, que la religión no consiste en fórmulas exteriores, en prácticas casi mecánicas, en palabras cuyo sentido se ignora o se olvida, en preceptos que verbalmente se respetan, pero que prácticamente se quebrantan. La religión es una cosa íntima, que arranca de lo más profundo de nuestro corazón y de lo más elevado de nuestra inteligencia, que tiene manifestaciones exteriores como señales de lo que en el interior existe, no para suplirlo; palabras para comunicar con los otros hombres, que elevan el alma a Dios, a fin de fortalecerse en esta comunión y también para procurarla. La religión no es el precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración a perfeccionarse, es la justicia, es el amor, es la unión íntima del espíritu con Dios, que le eleva y le sostiene en la desgracia y en la prosperidad.

El hombre no es religioso como es militar o empleado, ni puede echar la llave a su conciencia como a su pupitre. Hay quien va a la iglesia, reza una oración y dice: He cumplido mis deberes religiosos.

Después se ocupa en su profesión, en su oficio o en nada. Fuera del templo, la religión no interviene en su trabajo o en sus ocios. ¿Por qué? Porque no es verdadera. La verdadera religión acompaña al hombre a todas partes, como su inteligencia y su conciencia; penetra toda su vida e influye en todos sus actos.

Sus deberes religiosos no los cumple por la mañana, por la tarde o por la noche, sino todo el día, a toda hora, en toda ocasión, porque toda obra del hombre debe ser un acto religioso, en cuanto debe estar conforme con la ley de Dios. Hay religión en el trabajo que se realiza, en el deber que se cumple, en la ofensa que se perdona, en el error que se rectifica, en la debilidad que se conforta, en el dolor que se consuela; y hay impiedad en todo vicio, en toda injusticia, en todo mal que se hace o que se desea. La religión no consiste en confesar sólo artículos de fe, y practicar ceremonias del culto, infringiendo la ley de Dios.

Al hombre religioso no le basta ir al templo, es necesario que lleve altar en su corazón y que allí, en lo más íntimo, en lo escondido, ofrezca sus obras a Dios, como un homenaje, no como una profanación y un insulto. Cuando llega la noche, y examine en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado todo el mal posible que en su mano estaba evitar, si no ha hecho todo el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad que haya cumplido sus deberes religiosos.

Todos buscamos la verdad y la buscamos en las tinieblas sin antorcha alguna. Esta antorcha debe ser nuestra misma alma purificada, pues luce en el universo externo y en ella sola debe encontrar la luz que alumbra la vida.

Antiguamente había quien buscaba el Santo Graal, simbolizado por el cáliz en que Cristo bebió la última noche de su vida terrestre. Es el Santo Graal un símbolo profundo y sobre él se ha escrito y discutido mucho.

Parsifal pregunta a Gurnemanz: ¿Quién es el Graal? Y! éste le contesta: No te lo diremos, pero si has sido guiado por El no se ocultará a ti la verdad. Ningún camino te conduce a El, inútil es buscarlo, salvo que sea El mismo quien guíe.

El Graal es nuestro Yo divino, que tan sólo nos guiará cuando hayamos perdido la sed que nos abrasa por las cosas mundanas y nos mueva a ansiar el logro de lo Real, por estar cansados de dejarnos vencer y guiar por lo ilusorio. La lucha es tremenda, pero la victoria excelsa y segura cuando nos empeñamos en obtenerla. No pensemos en el fracaso, pues el único fracaso es desistir de la lucha.

Debemos empezar por romper con el martillo de nuestra inteligencia, guiada por la voluntad y por la intuición, la concha dogmática que cubre las religiones. Es la cáscara de nuez que oculta el fruto.

Todas las religiones, con sus formas externas, con sus ritos y ceremonias, no son más que el pálido reflejo, muchas veces tergiversado, de la Unica Religión, de la Religión Verdad, cuyo sentido esotérico, debemos buscar. Allí encontraremos el tesoro que Cristo, Buda, Zoroastro y Hermes enseñaban en particular a sus discípulos, porque no podían explicarlo al pueblo, que debía conformarse con las migas del banquete, con los apólogos y parábolas. No estaba su mente preparada para recibir los altos conocimientos espirituales de las divinas verdades.

Pero, ¿son precisos esos ritos, esas ceremonias? Indudablemente en las religiones debe haber una parte externa que las revista de una aureola cuyo magnetismo cautive la atención de los fieles. Cuando entramos en el templo lleno de luz y música y perfumado de incienso nos encontramos como subyugados por algo que nos avasalla.

Los fundadores de las religiones y sus continuadores, iniciados todos, sabían que hay un mágico poder en las palabras, en los perfumes, en la música y en el influjo de los rituales. Eran profundos conocedores de la magia, la más honda ciencia del mundo, cuyas leyes ocultas tienen la virtud de evocar los seres invisibles, prepándoles el más adecuado ambiente. Mas creo, que los cantos litúrgicos, las palabras sagradas, las ceremonias no son meros signos vacíos, son invocaciones que hacen descender de lo alto una fuerza que eleva el alma de los fieles.

Pensemos que por algo fundaron las religiones los Seres superiores que les infundieron un poder que desconocemos y que desconoce la inmensa mayoría de los mismos celebrantes.

Tenemos, por ejemplo, a San Francisco de Asís, que había llegado a tal altura, identificándose con todo el universo, con el hermano sol, la hermana luna, la hermana tierra y el hermano lobo, que seguramente no necesitaría adorar la imagen de un santo para que le ayudara a mejorarse.

Por último, no olvidemos que la religión es una sola aunque sus formas sean infinitas. Cada cual sigue su camino especial según su particular adelanto, su carácter, su mente y su corazón. Hay quien debe buscar en la religión algo emotivo, mientras otro quiere seguir el camino del conocimiento. Todos los caminos son buenos cuando en ellos se pone toda el alma, pensando que Dios está en nosotros, así como está inmanente en todo cuanto existe. Debemos pensar que entre todos los seres existe la mayor solidaridad, pues todo procede de la misma y única Vida. Por lo tanto, trabajemos con todas nuestras fuerzas para el triunfo de la Fraternidad universal, pensando que el mal hecho por uno solo reacciona sobre todo y sobre todos.

Celina VALERIN A.

Cipreses, 17 setiembre de 1949.

Actualidad de Don Quijote

(En *El Tiempo*. Bogotá)

Acaba de publicarse en los Estados Unidos una nueva traducción del Quijote. Sorprende, a primera vista, que un distinguido escritor como Mr. Samuel Putnam se haya ocupado, a estas alturas del siglo XX, en ofrecer a sus compatriotas una versión más del libro de Cervantes. Traducciones del Quijote al inglés hay ya muchas. Una existe, también de un autor norteamericano, Robinson Smith, publicada en 1918. El Quijote es quizás, después de la Biblia, el libro más traducido a distintos idiomas. ¿Qué razón hay para que el inmortal hidalgo de la Mancha vuelva a cabalgar ahora, precisamente ahora, por las avenidas de Nueva York?

Pues sí; parece que hay una razón. El caballero andante resurge a su hora, oportunamente, en la gran metrópoli mundial. En el fondo del alma, el hombre de nuestros días; el norteamericano en lo íntimo de su conciencia, siente que hoy la actualidad es Don Quijote.

Nos lo explica, comentando esa traducción de Putnam, el profesor Harry Levin, maestro de literatura comparada en la Universidad de Harvard. El estado de espíritu de Cervantes cuando escribió su obra maestra se asemeja mucho al de la juventud actual. Esos millones de hombres, muy jóvenes todavía, que han hecho la última guerra, soñando con una paz digna de su esfuerzo, llevan en su interior un sentimiento vago que cabría definir con una palabra: desilusión. Estos jóvenes, los llamados veteranos, como Cervantes contra los libros de caballerías, reaccionan con sano escepticismo contra ciertos libros románticos y, en general, contra el abuso de las palabras y los *slogans*. En este sentido, dice Mr. Levin: "Cervantes era un veterano".

A la verdad, el heroico soldado de Lepanto expresa en su libro el dramático contraste entre el férvido idealismo de su mocedad y las duras, ruines realidades que le agobiaron durante todo el resto de su pobre vida. La primera gran novela que se ha escrito en el mundo fué, pues, un fruto de la desilusión. Y hoy la desilusión es también, en opinión del profesor americano, una nota característica de los modernos novelistas de la postguerra.

El Quijote, agrega Mr. Levin, pese al perenne encanto que ejercé sobre la mocedad, está, en último término, consagrado al tema del desencanto". No olvidemos que fué obra escrita en la vejez de su autor "y cuando ya el renacimiento había pasado de la madurez"... En Cervantes, podríamos añadir nosotros, aparece ya, aunque vetado con una melancólica ironía, ese sentimiento de decepción que, en la siguiente generación española, habrá de estallar en la forma amarga, que culmina en Quevedo.

Para el profesor Levin, el libro de Cervantes tiene ahora especial actualidad porque el mundo en que se movía Don Quijote era muy semejante al nuestro. En aquella época, como en la actual, "el mundo en que el héroe cervantino buscaba la justicia, se debatía, lo mismo que ahora, entre inquisiciones, quemas de libros, tensiones raciales, luchas entre los que poseen y los que no poseen, guerras ideológicas contra el este, rivalidades imperialistas en el oeste"... "Cervantes reconoce, con nostálgico pesar, que con la invención de las armas de fuego ha muerto el sentido caballeresco de la vida. La edad de hierro se ha superpuesto a la edad de oro. ¿Cómo habría reaccionado Cervantes ante la edad del uranio?"... Esa analogía entre el mundo del autor del Quijote y nuestro mundo actual hace que Harry Levin llegue en su artículo del *New York Times* a esta conclusión: "Sí. Nosotros necesitamos todavía este libro".



La nueva salida. Por *Ariel*

Creo yo que lo necesitamos tanto más cuanto que este libro de desilusión es, al mismo tiempo, una obra de idealismo, aunque en ella, "bajo la superficie satírica, la idealidad permanezca oculta, como Dulcinea".

Cervantes, en lo más hondo de su alma, es el gran idealista. La áspera realidad no acaba de desengañarle nunca, como nunca desengañó a Don Quijote. Sí. Una vez, una sola vez éste se desengañó del todo, pero fué en su lecho de muerte.

Me imagino yo a Cervantes después de la batalla de Lepanto curándose de sus gloriosas heridas en el hospital de Mesina, con el propósito de regresar a España, llena de proyectos la cabeza, rebosante de esperanzas el corazón. Tenía 24 años. Si alguna vez esa divina aspiración que llamamos el ideal ha inflamado un pecho humano, ese pecho fué el del mozo Miguel de Cervantes.

Su ideal tenía dos caras, dos aspectos: el heroísmo y la belleza; las armas y las letras; los laureles de Lepanto, conquistados "en la más alta ocasión que vieron los siglos"... y las rosas de Italia, de la Italia renacentista que Cervantes, poco tiempo atrás, había recorrido, deleitándose con la lectura de sus escritores, desde Ariosto a Bocaccio, y admirando aquella patria del arte, en la que todavía manejaba sus pinceles el viejo Ticiano y a la que Miguel Angel ponía por corona la magnífica cúpula de San Pedro...

Comparemos esa doble visión del ideal con las tristes experiencias que la realidad iba a depararle a Cervantes. Primero, cinco años en las prisiones de los piratas berberiscos de Argel. El cautiverio, sin embargo, tiene todavía la dramática grandeza del dolor. Lo peor vino luego, en la propia patria. Allí, la vida sórdida, los apuros de dinero, las deudas mal pagadas, los amores irregulares, la hija natural, el matrimonio que hace dudar del desinterés de Cervantes; los disgustos con su padre, maese Rodrigo, el viejo cirujano de Alcalá; los empleos prosaicos y sospechosos de proveedor de víveres y recaudador de contribuciones; las denuncias, los expedientes y procesos; la cárcel de Sevilla; el asesinato de Espeleta, las calumnias, la cárcel de Valladolid... A eso había venido a parar todo aquel mundo de ilusiones que se forjaba antaño el soldado poeta!

En ese contraste entre el ideal soñado y la realidad vivida está sin duda la clave del Quijote. Realismo, idealismo, fueron, en Cervantes, la gran antítesis de su existencia mortal y las dos notas de su inmortal creación. Son los dos polos del mundo cervantino y quizás de todo el mundo humano.

No hay quien no tenga algo de Quijote. Unos más, otros menos, todos hemos soñado alguna vez con acometer hazañas fabulosas para amparar a los débiles, contener a los soberbios y hacer que reinen sobre la tierra el honor, la piedad y la justicia.

Mas Cervantes, con una ironía genial que mueve a risa —pero no sólo a risa— nos presenta a su héroe y una y otra vez burlado, fracasado, maltrecho y tundido sobre el polvo de los caminos de Castilla.

Sin embargo, esta nota de la ironía, que no es la burla cruel, la mofa vulgar, se templa y armoniza con otra distinta nota: la melancolía. Vemos que Cervantes, aunque parece burlarse de don Quijote, en el fondo, lo ama, lo compadece, lo admira, porque en cada fracaso del caballero andante el autor ríe y llora el fracaso de su propia vida. Y aun, en general, ríe y llora el fracaso de la vida humana, cuya esencia misma es esa tensión entre las realidades que deben ser superadas y el ideal que nunca puede ser plenamente alcanzado.

Esa tensión llega a su grado máximo en épocas como la nuestra, en esta "edad del uranio", en la que el progreso de la ciencia y de la técnica ha puesto en nuestras manos medios incomparablemente más eficaces, armas inmensamente más poderosas que el viejo lanzón de Don Quijote. Por eso es tan dolorosa la desilusión del "veterano", la decepción de la juventud actual. Nunca pareció estar tan cerca como hoy la posibilidad de un mundo unido, pacífico, concorde...! Y el joven de nuestros días, a pesar de todos los desengaños, persiste en creer, allá, en el fondo, en el fondo quijotesco de todo noble espíritu, que, más pronto o más tarde, el ideal no habrá sido un sueño.

Luis de ZULUETA.



En la densa penumbra del interior de la llamada "Tumba de Cristo", *la Sra. Milena de Marín logró tomar esta difícil fotografía que muestra el sarcófago de piedra a través de las barras de madera labrada de la pequeña capilla.*

Una supuesta "Tumba de Cristo" en Kashemira, India

Por *Juan* MARIN

(En el *Rep. Amer.*)

Nuestro amigo el anciano "Guru" que ha visto y previsto todos los dramas y convulsiones que han sacudido a la India en los últimos años, desde su retiro silencioso ubicado a la sombra de una mezquita en Old Delhi, nos dice a manera de despedida de aquella memorable entrevista:

—"Y si va a Kashemira no deje de visitar la "Tumba de Cristo": Rose Bal, en Srinagar, en el viejo barrio nativo donde desde hace centenares y miles de años habita la "tribu perdida" de Israel. Pues el Nazareno, que había venido al Tibet y permanecido allí durante los años mudos y misteriosos de su vida —que algunos creen pasó en Egipto— salió de su tumba en Jerusalem, pero no para ascender a los cielos sino para retornar al Tibet donde lo esperaban sus "Maestros". En el camino, en una de las escalas de la ruta, su alma inmortal y divina se separó definitivamente de su cuerpo ciliciado y exhausto. Fué sepultado en Srinagar. Desde entonces aquel sitio es sagrado para los fieles de todas las religiones. Hoy día es un santuario mahometano el que cubre su cenotafio, pero el hecho no tiene importancia; a lo largo de veinte siglos, ese santuario ha cambiado muchas veces de etiqueta. Los únicos que no podrán jamás adorarlo, son, naturalmente, los judíos... Pero, ellos viven en torno, velando alrededor de él como en una perpetuo vigilia de armas. Los sabios e iniciados de todas las religiones de la tierra, saben, sin embargo, que allí reposan los restos corpóreos, la que fué prisión material del alma de un gran iluminado, de un santo, de un "Purusha", de un "Bakhti", de un Mesías, de un "avatar" o encarnación —acaso la más perfecta— de la Inteligencia Suprema, del Uno, del Espíritu Universal de cuyo seno ha nacido todo lo que existe y al cual retorna todo lo creado... Allá en Kashemira, verá usted, al fondo de un paisaje nevado y transparente, la "Gran Montaña de Brahma" con la "Cueva de Armanath" desde la cual Siva Mahadeya controla y regula las fuerzas destructivas del Universo: el "lingam" de hielo de Armanath simboliza y personifica las fuerzas creadoras que desencadenan la destrucción y la muerte, gracias a las cuales los ciclos creadores pueden recomenzar. Y al pie de aquellas montañas encantadas, al pie de ese Himalaya misterioso y potente, en un lugar humilde que casi nadie conoce, en medio de los pobres que El amaba, encontrará usted la "Tumba de Cristo".

Por mucho respeto que nos merecieran las afirmaciones y enseñanzas del viejo "yogui" hindú, aquello nos pareció perfectamente disparatado y absurdo y salimos de su casa preguntándonos si la razón del ilustre "brahmin" que fué amigo de Gandhi y discípulo de Tagore, no se encuentra acaso ya en esa nebulosa que precede a la extinción total. Pues, hablarnos de la "Tumba de Cristo" y decirnos que ella se encuentra en Srinagar, capital del Estado de Kashemira, se nos ocurrió la última divagación de una mente dislocada por excesos de introspección, autoanálisis, ayunos y desdoblamientos con viajes por el plano astral.

Mas, he aquí que hemos llegado a Srinagar y después de visitar los encantados "Jardines Mogules" —los "Versalles del Oriente"— y el "Shankarasharya" o "Trono de Salomón" en lo alto de la colina que domina la capital kashemiriana, y la fantástica mezquita "Jamma Nachid" donde venía a orar el gran Emperador Jehangir y muchos otros lugares, nuestro guía nos dice:

—"Y ahora, si lo desean, podemos visitar la "Tumba de Isa" el gran Profeta que los Cristianos llaman Jesús y que llegó hasta aquí, de paso para las montañas, después de su muerte y sepultación en Jerusalem".

Aceptamos con reluctancia, o, más exactamente, con sentimientos mezclados de resistencia y atracción: ambi-valencia psicoanalítica como en todo aquello que atañe al fondo mismo de la conciencia, a los planos más profundos de la psiquis. Nuestra "tonga" o carricoche de caballos, se detiene en una callejuela maloliente y sombría de la ciudad nativa, allí donde la miseria, las enfermedades y la mugre reinan sin freno ni contrapeso. Luego, la "tonga" no puede seguir avanzando y nos es necesario proseguir a pie por entre aquel laberinto de casas de barro a medio derruír, acequias abiertas atestadas de desperdicios y en donde los muchachuelos harapientos se disputan con las moscas en el día y con las ratas en la noche, el predominio de la calle. Las "vacas sagradas" se pasean por allí, indiferentes a la suerte del mundo que las rodea, con una indiferencia que tiene algo de olímpico y de humilde a un mismo tiempo, indiferencia de "ángeles caídos" —como nosotros los hombres— con la diferencia de que nosotros luchamos todavía adheridos a esa "cutícula de celuloide" que es la ilusión y el deseo, mientras que ellas ya no luchan, no necesitan luchar. A poco andar, nuestro guía se detiene y señalándonos un pequeño



El autor de este artículo, trepado sobre un ángulo del muro exterior de la llamada "Tumba de Cristo", *en Srinagar, capital del Estado de Kashemira, entre la India y Afganistán.*
(Foto: Milena de Marín).

edificio ruinoso, de un aspecto de abandono y de pobreza indescriptible, exclama:

—"He aquí la "Tumba de Isá", el "Nazareno" crucificado por los judíos en Palestina. El apóstol Santo Tomás conoció la existencia de este sitio y por eso vino a la India, en la ruta, murió supliciado en la Corte de uno de los Príncipes Partos o Sakas, en Mailanpur, en donde se encuentra actualmente su sepultura. San Pedro también supo de este viaje póstumo de Cristo, pues Isa se despidió de él al borde del Mar de Tiberíades, diciéndole: "—Pedro, cuida tú de mi rebaño". ¿Por qué cree usted que San Francisco Xavier, el discípulo predilecto de Ignacio de Loyola vino a India? ¿Por qué? ¿Por qué desembarcó en la costa occidental de India si en verdad su objetivo era el Japón?"

No tenemos deseos de polemizar con el elocuente y excitable guía y no le respondemos. Nuestro propósito —por lo demás harto teñido de escepticismo— es simplemente ver y escuchar. Despojándonos previamente de nuestro calzado, entramos en el recinto. Sin que podamos disimularlo, una profunda impresión nos domina ahora que estamos en la semi-penumbra del santuario. No es lo mismo que sentimos frente a la "zarza ardiente" de Moisés en el Sinaí, ni al borde del sepulcro de Hiram. Rey de Tiro, en El Líbano, ni ante la cámara de Alejandro Magno en el "Templo de Amon" allá en el remoto Oasis de Siwa perdido en los arenales del Desierto de Libia... Es algo distinto: una especie de terror sagrado, el pánico que experimenta el hombre primitivo frente a un tabú que intenta quebrantar, a una ley tribal que amenaza violar. La sensación más exacta sería dada con la palabra profanación. Miedo de profanar algo sagrado, de ver demasiado, de aprender demasiadas cosas, de tener experiencias indelebles que puedan después conturbar nuestra conciencia.

Si afuera del local, el aspecto es de ruina y abandono, ahora adentro, en la penumbra oliente a desván y de cosas devoradas por el tiempo, la impresión es casi siniestra. El santuario es estrecho y apenas si hay lugar para nosotros con nuestro guía y con el Sheikh encargado del recinto. Dentro de una caseta de madera, hecha en enrejado de listoncillos como las ventanas y celosías del mundo árabe, vése un sarcófago de piedra que, como la cubierta del cenotafio de las momias egipcias, parece moldear en piedra la silueta del cuerpo y del rostro del cadáver. Es como si una leve ola de aguas grises, al cubrir un cuerpo sobre la playa, se hubiera quedado súbitamente petrificada, moldeando en su guante de arenas el perfil humano yacente. La caseta es de estilo arábigo-musulmán evidente; la piedra en cambio tiene mucho de la austeridad faraónica.

—"Dentro de ese sarcófago o debajo de él, nos dice el guía, se cree que hay importantes hallazgos arqueológicos que esperan ser sacados a luz algún día. Sólo se necesitaría que alguien solicitara un permiso y que el Gobierno de la India diera ese permiso. Pero, hay todavía otro factor: habría que encontrar al hombre que se atreviera a hacerlo, pues una maldición pesa desde tiempo inmemorial sobre aquel que osare profanar con sus manos la santidad de esta tumba. Sobre esto, prefiero no hablarles más".

Contorneamos lentamente el sarcófago, por fuera de la caseta de madera labrada. Al llegar a uno de los ángulos, junto al lado izquierdo de la cabeza del féretro, vemos una piedra granítica, lustrosa y pulida por el frote de manos y de labios al través de siglos.

—"Esas son las huellas de los pies de Jesús", nos dice el guía.

En efecto, sobre el granito multi-centenario vemos destacarse con una nitidez y un vigor —casi diríamos una "vida"— increíbles, las huellas de dos pies humanos que un día anduvieron calzados de sandalias. ¿A quién pertenecen esas huellas? ¿Cómo pudieron imprimirse tan hondamente y tan realísticamente sobre el granito indestructible? Hay una armonía perfecta entre los dos factores: fuerza y belleza, en su plástico modelado. Se siente alentar en ellos el soplo helado de lo sobrenatural. Es la "puerta en el muro" de H. G. Wells, a punto de abrirse. Allí, en esos momentos, todo podría acontecer, todo es posible. Pues hay "magia" en ese modelado. Esto es lo menos que podríamos decir para explicar la extraña sensación que nos embarga y que en nada se asemeja a experiencias anteriores. En el muro que da a la callejuela, hay un pequeño nicho. El Sheikh explica algo en lengua urdu a nuestro guía el cual nos traduce:

—"En el Aniversario de la Crucifixión de Cristo, un intenso perfume se desprende de esta cámara y sale por este nicho a la calle, donde los fieles o cualquier transeunte, pueden sentirlo. Este fenómeno era mucho más intenso en antiguos tiempos y los cronistas han dejado constancia de ello en los viejos libros, desde los peregrinos chinos del siglo III D. C., hasta los poetas persas que vinieron con los Khanes Mogules hace apenas 3 ó 4 siglos.

Interrogamos al guía:

—"¿Ustedes veneran este santuario y los despojos que aquí yacen, quienquiera que ellos sean?"

—"A fuer de buenos mahometanos, nosotros los veneramos, nos responde, pues para nosotros Isa o Joshua o Jesús fué un gran Profeta, tan grande como Mahomet. El Korán así lo reconoce... Ciertamente ustedes no ignoran que Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma son los Profetas koránicos. Puesto que aquí yace el cuerpo de uno de ellos, les hemos obligado a ustedes a descalzarse antes de entrar, tal como lo hicieron antes de entrar a la mezquita de Hazral Bal donde se guarda un pelo de la barba de Mahomet".

Preguntamos al Sheikh encargado del santuario si vienen muchos fieles a orar y nos responde que muy pocos, pues aquello no es en realidad una mezquita sino simplemente una "tumba santa".

Interviene el guía en la conversación, diciendo:

—"El Padre pasa muchas pobrezas pues la ayuda que recibe es muy poca..."

Ha empleado la palabra "Padre" en espa-

Canto a mi Patria

(En el *Rep. Amer.*)

Yo soy hija verdadera de la tierra tropical,
soy hija de Costa Rica,
y aunque mi padre fué un intelectual,
y aunque mi madre vivió en la capital,
yo soy sólo una nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

Si allí vivieran los indios mi piel sería morena,
si allí abundaran los negros mi piel sería carbón,
pero todos somos blancos descendientes de españoles
y por eso soy trigueña, y me creen una europea,
pero soy una nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

En mis años juveniles yo desee correr el mundo
y el destino, buen maestro, aquí me trajo a aprender,
y gozando del "confort" de la vida americana
yo añoro las bellezas de la selva tropicana
y cambiara mis sillones por la rama de un guayabo
en que joven me sentara con el futuro a pensar.

Aunque mi color es blanco sé que mi sangre es oscura
y que la triste historia india mi alma toda la vivió,
he trepado por las cumbres, he corrido por los llanos,
he bajado por los campos donde está el Reventazón,
me he bañado en las aguas de esos ríos pedregosos
y también en las tranquilas del Sixaola dormilón.

Mis manos saben a mangos, mis dientes a nances finos,
el café me dió su aroma y la caña su sabor,
he sufrido con los bueyes, con las aves he cantado,
he corrido sobre potros y me he quemado con el sol.

Costa Rica, tierra amada, lejos de tu suelo yo
soy como flor trasplantada que no muere ni prospera
y vive esperando el día en que pueda a ti volver
para abrazarme a tu tierra, para bañarme en tus aguas
y volver a ser lo que era, tan sólo una flor nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

Virginia SAENZ de MILLER.

Los Angeles, diciembre 1949.

ñol, a pesar de que nuestra conversación se desarrolla en inglés. Interrogamos entonces al guía:

—"¿Por qué ha llamado usted "Padre" al Sheikh y no ha usado por lo menos la palabra "Father" en inglés...?"

—"No lo sé, nos explica... Desde que este sitio existe, siempre el encargado de la tumba ha sido llamado "Padre ", aun cuando fuera budhista, hindú o musulmán. El es el único que puede entrar dentro de la caseta de madera labrada y acercarse a la lápida. Es el único que puede tocar la lápida con sus manos. Algún otro que lo ha hecho, ha pagado con su vida tal atrevimiento. Cuéntase de algunos que intentaron excavar por debajo del sepulcro: todos ellos quedaron mudos y nunca pudieron contar a nadie lo que allí vieron. El "Padre" es el único que tiene poder para ello... Su poder emana desde muy alto..."

En un ángulo de la caseta de madera vemos una inscripción que dice: "Azirat Joshua, Kanyar". El Sheikh nos dice:

—"Eso significa: "El Muy Bondadoso Jesús". La palabra Kanyar indica el nombre de este barrio".

Le preguntamos qué base tiene él, o las personas que le han dado la investidura de "Padre" guardián de ese sitio, para afirmar que es el cuerpo de Jesús de Nazareth el que allí reposa.

—"La tradición así lo cree, nos contesta. Durante dos mil años todos los hombres que aquí han vivido o que por aquí han pasado, lo han creído firmemente. En este país que en la remota antigüedad adoró al sol y a Siva, a Budha, a Zeus, a Manjuri, a Avalokita y a Mahoma, siempre se ha respetado este lugar como la tumba del gran Santo de Occidente que vino aquí a morir".

—Y ¿por qué habría de venir aquí a morir, insistimos, apretando nuestro interrogatorio.

—"Pues, porque Kashemira es una de las puertas de entrada al Tibet e Isa iba hacia el "Techo del Mundo" cuando lo sorprendió la muerte. Además, Kashemira es y ha sido siempre tierra sagrada. Aquí habitaron primitivamente los "Nagas" o "Reyes-Serpientes" pobladores de las aguas de los lagos. Después vinieron un día, bajando desde lo alto de esas montañas y desparramándose por las ricas tierras de los "Cinco Ríos" o Punjab, los hombres rubios y blancos, los "Aryas" o "Señores", adoradores del sol y encendedores de "Agní" o el Fuego Sagrado. Luego los mensajeros de Gautama Budha vinieron a cultivar la prístina flor de loto de su Doctrina en este paisaje encantado. Hombres sabios llegados con las legiones rudas de Alejandro Magno y de los Césares romanos, aquí permanecieron estudiando nuestra ciencia. Después, todos los santos de todos los países han enviado a sus mejores mensajeros o discípulos aquí, a enseñar o a aprender. Kashemira que en el comienzo del mundo fué asiento del Paraíso Terrenal, tiene forzosamente que ser tierra santa. ¿No ha mirado usted nunca el cielo en una de estas noches estrelladas? Pues hágalo; acaso le sea dado leer en ese gran Libro de Luz y encontrar respuesta a muchas de las preguntas que lo conturban".

Nos retiramos, depositando algunas monedas en la alcancía del humilde santuario tan abandonado de los dioses y los hombres. Nuestro espíritu se encuentra sacudido por fuertes corrientes subterráneas. ¿Qué misterio encierra aquel lugar? Evidentemente no puede tratarse de la tumba de Jesús de Nazareth, pero ¿quién es ese "Azirat Joshua" allí sepultado? ¿Por qué los libros de Arqueología no hablan de este sitio? Al subir a la "tonga" abrimos el libro de los *Upanishads* que llevamos frecuentemente con nosotros en nuestras excursiones y he aquí la estrofa que se ofrece a nuestros ojos:

"Oh Señor,
conducidme de la Irrealidad a la Realidad,
de las Tinieblas a la Luz,
de la Muerte a la Vida..."

———

De regreso a New Delhi, visitamos al cabo de algunos días a nuestro amigo el sabio "Guru" brahmánico y le narramos nuestras experiencias. Nos recibe sentado sobre un alto entarimado que asemeja una cama y vistiendo una leve túnica de lino blanco. Acaba de salir de una de sus meditaciones.

—"Me alegro de que haya visitado usted Kanyar, nos dice... Valía la pena. Es uno de los lugares-claves en las rutas del Universo. La gracia o la perdición emanan de allí, pueden allí ser decididas en un solo instante. Fuerzas espirituales muy potentes, propicias u hostiles, confluyen allí o de allí emergen como invisibles hondas magnéticas para expandirse por el mundo".

—Pero, le decimos... ¿cómo cree usted posible o siquiera sospechable que el cuerpo de Jesucristo que fué crucificado en Jerusalén, lanceado en el costado y sepultado después bajo una pesada lápida, pueda encontrarse aquí, en un rincón del noroeste de la India?

Nuestro sabio "Guru" nos mira silenciosamente y luego dice:

—"¿Fué acaso encontrado su cuerpo? ¿No afirmaron sus discípulos que al ir a retirar el cadáver, la fosa estaba vacía? Jesús había estado antes en Oriente, aun cuando hay muchos ignorantes que afirman que estuvo en Egipto y no en Tibet. Había aprendido aquí muchas cosas que usted ignora y que ignorará siempre. El fué enterrado evidentemente en Palestina, pero El viajó después, en forma material, hasta aquí, para dar cuenta de su misión terrenal ante quienes tenía que darla. Puesto que fué un dios encarnado, El no podía desaparecer sin dejar rastros. En alguna parte debía reposar su cuerpo cuando el "atman" volvió al seno infinito de Brahma... Ese sitio fué Srinagar, la ciudad fundada por Asoka "el Piadoso" y embellecida por Akhbar "el Tolerante". Por supuesto que, siendo usted cristiano, no podrá jamás aceptar semejante hipótesis que le parecerá herética y hasta abominable. Pero, nosotros los hombres de Oriente, que hemos visto nacer y morir muchos sistemas religiosos y filosóficos y que hemos visto alumbrar y apagarse la llama efímera de las vidas de hombres y demiurgos, nosotros aceptamos tal hipótesis como cosa probable, posible y aun cierta. Recuerde usted aquello de "ver y creer" que dijo Santo Tomás introduciendo su mano por la herida del costado de Cristo... Movido por ese mismo espíritu de curiosidad casi científica, el Apóstol vino a la India en demanda de este sitio. No alcanzó a visitarlo pues escrito estaba que su exceso de curiosidad habría de desatar un "karma" hostil y acabar con su vida. Pero, usted ha tenido mejor suerte... usted ha visto. Y sobre lo que allí haya sentido yo no le pregunto, pues esa es cosa suya, exclusivamente suya, frente a su conciencia. Recuerde, sin embargo, aquella sentencia del *Bhagavad-gita* que dice: "Muchos son los hijos emanados del Padre, pero el Padre Místico de Todo lo creado, es Uno Solo..."

Un grupo de discípulos esperaba al "Guru" en la antesala para ser guiados por él en su meditación vespertina. Salimos a la ardiente callejuela y de allí a la ancha plazoleta de la mezquita. El "muezzin" desde lo alto del minarete llamaba a los fieles de Mahoma a orar, con el rostro vuelto hacia la Tumba del Profeta islámico, allá en el remoto desierto de Arabia.

Atardecía y el sol revestido de su túnica anaranjada y azafranada como la de un monje mendicante de Budha, desaparecía tras el domo de los lejanos templos hindúes que, como una caravana de dromedarios se recortaban en el horizonte en llamas. Caía la noche sobre el Asia.

New Delhi, 1949.

El camino largo, severo, paciente

(En el *Rep. Amer.*)

Agradece, peregrino, la dádiva divina. Porque divina, no humana, es ella. ¿Cómo podría ser humana esta magnificencia, esta pompa de luz, de colores, de inmensos espacios luminosos y constelados que el Supremo Artista hace reposar sobre tus manos y sobre tu alma? Este regalo constituye tu ventura; pero la ventura es tan grande que te anonada.

¿Cómo has de responder a esta ventura? ¿Cómo agradecerías esta dádiva? No con tristeza, ciertamente, sino con alegría. Con esa alegría que fué siempre tuya ante los cuadros felices de la Naturaleza. Con esa alegría pura, desinteresada, abundosa, como es la Naturaleza misma, como son los espacios siderales. Pura y desinteresada, he dicho, sí; como son los árboles, como son las nubes, como son el sol y la lluvia, como son la brisa y la pradera esmaltada de silvestres florecillas. Así fué tu alegría y así será siempre. Ella fluirá siempre para ti del venero inextinguible de la Naturaleza amable. Del venero inextinguible de los espacios luminosos, de los campos radiantes, de toda la pompa terrenal y sideral que se da gratuita a los hombres que quieran darle acogida en sus vidas precarias.

Tú, hermosa Naturaleza, eres el hito terminal de nuestras andanzas. Y eres también el camino. Pero como ese camino —tu camino— es tan amable, tan bello, no queremos llegar nunca. Queremos quedarnos en el camino. Siempre seremos peregrinos tuyos. Peregrinos que van hacia ti para descansar y alegrar sus corazones en ti.

¡Benditos sean los pies del peregrino que miden con amor y veneración la tierra! ¡Bendito sea el camino y bendito el polvo del camino! ¡Bendito el polvo del camino que es la materia de que están hechos nuestros cuerpos! Sobre granos de polvo camina nuestra alma por el espacio. Sobre granos de polvo cabalga la inspiración que reproduce en el alma y en la vida cultural la luminosidad del firmamento.

¡Cómo ama el peregrina el camino largo, quebrado y paciente! El camino es maestro de

los hombres. ¡Cuántas verdades gritan los caminos a los hombres; verdades que los hombres no quieren oír! Los caminos de la llanura, de la montaña y el valle, son venerables como los hombres viejos. Ellos han visto muchas cosas. Ellos han visto desfilar los siglos. Los siglos han pasado sobre ellos, como la ronda nocturnal de las estrellas.

El camino es maestro de paciencia y de humildad. En ellos están impresas las pisadas de las generaciones. Por aquí, por este camino, pasaron hace doscientos años, muchos hombres. El polvo que ellos pisaron está aquí. Por eso este polvo es sagrado. Acaso haya entre este polvo, polvo de un cuerpo humano que hace muchos años existió. Y este mismo polvo convertido en vegetal se convertirá en cuerpo de hombre. Y ese hombre se alzará sobre el polvo y, abiertos sus ojos al Universo, será la sola conciencia del Universo.

En el camino largo, severo, profundo y paciente están las virtudes primigenias, fundamentales de la humanidad. Apartarse del camino es error. Ya el hombre no se cubre con el polvo del camino. Ni con el polvo de las estrellas. Y el polvo del camino —como el de las estrellas— es clámide de sabiduría. El camino es reflexión, meditación, ponderación. Mientras los pies miden la tierra, el pensamiento va midiendo la vida, va sopesando las cosas, considerando las circunstancias.

Es grato recorrer en la Historia los viejos caminos polvorosos. Eran peregrinos, soldados, estudiantes, profesores, teólogos, exploradores, misioneros y mendigos. Van a pie o a caballo, en mula o en asno. Una figura prócer, cuyo recuerdo es como una lámpara encendida desde hace ocho siglos, va humildemente montado en una mula. La jornada es larga. Se cumple por etapas. Ante el viajero la tierra se dilata inmensa. Mientras más lento el caminar más ancha la tierra. Y mientras más ancha la tierra mayor es la expectativa, la sorpresa y lo pintoresco del viaje.

Y aquellas figuras próceres de sabios, de teólogos, de artistas, de misioneros, se movían por el continente ilustre con la misma holgura con que se mueven hoy. El avión no era necesario. Salamanca, Alcalá, Bolonia, Padua, París, Oxford, Heidelberg, destellaban en el mapa de la cultura de hace cinco siglos por aquellos hombres que, en asno o en mula o a caballo, recorrían, paciente y concienzudamente, los caminos polvorientos en pos de un ideal de verdadera cultura. La cultura era como el camino. Era sesuda, sincera, profunda. No era para alcanzar un pedazo de papel llamado "diploma" que nos habilite para arrancarle una costilla al prójimo en forma de honorarios. Era para dejar en la Historia un rastro de luz, un nombre egregio, como una lámpara encendida en la noche de los siglos.

Símbolo de aquellas épocas era el camino. El camino largo, polvoroso, paciente, sobre el que se urdía el plan de acción, se maduraba la esperanza y la ambición y se vigorizaba el ideal de cultura, de fe, de amor o de heroísmo.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

Oigo rodar las piedras

(En el *Rep. Amer.*)

Oigo rodar las piedras, rodar,
desparramarse en ramos de armaduras,
caer violentamente de un mundo a otro,
de un pensamiento de cerro
que liberta su inmovilidad de llama quieta
cuando quiere ser libre.

Oigo rodar las piedras barranco abajo,
ejemplo de rebeldía del suelo, del cerro,
cerro-volcán, cerro-montaña, cerro de cerros,
ante los que han venido a conquistar mi país.
Es un reír de cerros mi país delicado,
amado y siempre fresco.

De las cumbres ruedan las piedras,
pedregales de armaduras de ríos secos
y lo que no sucede en la luz
sucede en las tinieblas.
Lo que no pasa de mil años y mil años
¿qué son para mi país escondido en maizales?

Oigo rodar las piedras corriente abajo,
río al mar que come tierra en los veranos.
El también quisiera conquistar el suelo
moreno de mi país con sus ojos azules
y sus blancas manos de espuma;
pero no puede,
el ojo azul y la mano blanca han fracasado.
Tiene toda la fuerza, pero no puede.
El suelo de mi país que es un beso en llamas
ligeramente echado hacia el Sur, desde el Norte.

Oigo rodar las piedras.
Ruidos de cráneos, ruidos fofos de cráneos,
cráneos vacíos, cráneos llenos
en los pastos de serrines fragantes
alfombrados de florecillas de carne de rocío.
Y anuncio a los campesinos. Los campesinos
de mi país son indios suaves constelados de certezas:
¡Están vaciando el pasado del mundo a calaverazo limpio
para que la tierra vuelva a ser de todos!
Y qué júbilo el de todos ellos. Júbilo de borracheras rodando,
saltando como lágrimas de dolor y de gusto,
al oír que volverán a tener la tierra,
aunque piedras y cabezas salten, rueden,
piedras y cabezas.

Oigo rodar las piedras
cuando amenazan los valles
donde pastan pueblos ingenuos,
desde las cumbres fragantes
y ligeramente rojas como astillas de canela.

Las piedras ruedan.
Sacudimiento lluvioso de animal herible, quebrantable.
Las piedras ruedan,
ruedan hasta donde una brizna de yerba las detiene.
Una brizna de yerba, un hocico de abismo.
Poco a poco o de golpe se detienen,
pan caliente en el horno cristalino del silencio.

Oigo rodar las piedras
y siento el corazón en la boca,
en la garganta, entre los dientes,
duro y comestible,
porque pienso que así puede despedazarse
mi país, sus territorios,
sin que nadie lo oiga,
el año triste en que la miel no tueste los alveolos
ni florezca el sueño calado de sol
de los árboles dulces.

Miguel Angel ASTURIAS.

Buenos Aires, diciembre 1949.

Esta voz

(En el *Rep. Amer.*)

Entreabro yo tu nombre como un párpado,
—Altar inaccesible, cielo lívido—
Y corre por mis venas agua oscura
En un raudo galope sucesivo.

Oigo tu nombre arborescente
En un ramo inasible de suspiros,
Y una voz verde, estrella pavorosa,
Pinta un retozo azul sobre el abismo.

Ambarina serpiente perfumada,
Duendecillo de muslo fugitivo:
Hacia ti voy a dar, como va el agua
Que cae al corazón de los molinos.

Oigo tu nombre —luna en las ventanas—
Gritándome, aterido;

Oigo tu nombre abandonado,
Oigo tu nombre sumergido;

Tu nombre, ayer, de abeja o de manzana,
Redondo como la uva en la infancia del vino;

Oigo tu nombre que empezaba
En la húmeda celdilla del jacinto;

Tu nombre clausurado y perdurable,
Tu dulce nombre hospitalario y tibio;

Oigo tu nombre oculto en los helechos,
Corriendo inacabable y cristalino,
Y por mis ojos pasa un ventarrón amargo,
Y en ellos deja un rayo de soledad cautivo.

Tu nombre está en mi voz de capitán que aúlla
En el bauprés y muerde sus puños de nautilo.

Tu nombre está en mi voz, perla que habita
Su hipogeo marino.

Tu nombre está en mi voz; óyelo dentro
Como una almendra cruel de azul latido.

Oye esta voz que corre ahuyentando luciérnagas,
Ahuyentando cigarras, mujeres y vencejos,
Y soplando vestigios.

Oye esta voz que corre con la uña de los faunos
Y arranca a las bacantes alaridos;

Oye esta voz que esculpe tu nombre en alabastro:
Con ella te me entregas desnuda en el rocío.

Esta es la voz oscura del capitán que aúlla
En el bauprés y muerde sus puños de nautilo.

Esta es la voz que azota los potros de la aurora,
Y alzar no puede, en cambio, tu caracol vacío.

César *ANDRADE y CORDERO.*

Cuenca, Ecuador, 1949.

La Literatura del Ecuador

Por *Isaac Herrera*, Buenos Aires, 1947. (173 pp.)

(En la *Revista Occidente*, Massapegua. New York).

He aquí un libro útil publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El señor Barrera es un conocido crítico ecuatoriano, autor de dos libros de mérito: *Literatura hispanoamericana* e *Historia de la literatura ecuatoriana.*

En la obra presente el señor Barrera hace una breve reseña de las letras ecuatorianas, empezando con los escritores de la colonia y terminando con los novelistas contemporáneos. En los capítulos centrales anotamos: la literatura en la república; los polemistas; ensayistas y críticos; los historiadores; la poesía.

En la parte colonial el autor destaca las figuras de Gaspar de Villarroel, autor de *El Gobierno Eclesiástico y Pacífico;* Xacinto de Evia, poeta culterano que escribió un *Ramillete de flores poéticas;* Juan Bautista Aguirre, ya revelado parcialmente en la *América poética* de Gutiérrez; Juan de Velasco, con su famosa *Historia del reino de Quito*; y Francisco Javier Espejo, figura máxima de su época, y autor de *El Nuevo Luciano*. Ya en vísperas de la emancipación aparece la figura de José Mexía, gran orador de las Cortes de Cádiz y uno de los primeros espíritus liberales del continente.

Entre los poetas de la era republicana José Joaquín de Olmedo, el cantor de Bolívar, ocupa el lugar más alto. En la prosa literaria y política se distinguieron dos Presidentes de República, Vicente Rocafuerte y Gabriel García Moreno. Este último al convertirse en dictador se atrajo las iras de Juan Montalvo, uno de los hombres geniales de América.

Con Olmedo y Montalvo el Ecuador llega a la cúspide de su gloria literaria y es justo observar que sus nombres siguen creciendo en la admiración de los hispanoamericanos. A Montalvo habrá que mencionarlo entre los polemistas, los ensayistas y los críticos, por obras tales como *Siete Tratados*, en que sobresale *El Buscapié*, "el estudio de mayor calado que se ha escrito sobre la lengua castellana, a propósito de la obra inmortal de Cervantes".

En la crítica literaria se distinguió Juan León Mera, con su libro *Ojeada histórico-crítica*, aunque este escritor es más conocido por su novela *Cumandá*. Entre los nombres que han sobresalido más tarde en estas actividades figuran: Remigio Crespo Toral, Gonzalo Zaldumbide, Julio Moreno, Nicolás Jiménez, José Rarael Bustamante, Benjamín Carrión, César Arroyo y Augusto Arias.

La parte más interesante de la obra que nos ocupa se refiere a la poesía y a la novela. Los poetas, en general, van siguiendo el desarrollo cronológico usual en nuestro continente: romanticismo, modernismo y vanguardia. Al romanticismo pertenecen Dolores Veintimilla, Julio Zaldumbide, Numa Pompilio Llona, Juan León Mera; al período de transición: Crespo Toral, César Borja, Francisco F. Ampuero, Luis Veloz, Aurelio Falconi; al modernismo, Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño, Humberto Fierro y Medardo Angel Silva, en Quito, y en Guayaquil, Wenceslao Pareja, Falconi Villagómez y José María Egas. Se empieza a apartar de esta tendencia Remigio Romero y Cordero y rompe con ella definitivamente Jorge Carrera Andrade.

Entre los nombres de poetas jóvenes que han salvado las fronteras de su patria figuran: Gonzalo Escudero, Jorge Reyes, Alfredo Gangotena (amigo de Eluard, Supervielle, Jacob y Cocteau), Augusto Sacoto Arias, Alejandro Carrión, Alfredo Llerena, Humberto Vacas.

La contribución más seria del Ecuador a la literatura hispanoamericana está en el campo de la novela, en especial de la novela de tema social. Sin espaciarnos demasiado señalamos a los precursores: Luis A. Martínez, con su obra *A la costa;* y Fernando Chaves, con *Plata y bronce;* a los novelistas de Quito: Jorge Icaza, autor de *Huasipungo;* Humberto Salvador, con *Camaradas;* Jorge Fernández, con *Agua;* a los novelistas de Guayaquil D. Aguilera Malta, con *Don Goyo;* E. Gil Gilbert, con *Nuestro Pan;* José de la Cuadra, con *Los Sangurimas;* A. Pareja Diez Canseco, con *Las tres ratas.*

El señor Barrera trata de ubicar a estos poetas y novelistas en el nivel que les pertenecc. En general estamos de acuerdo con su manera de enfocar los problemas estéticos y críticos y sólo lamentamos que la brevedad de su libro no le haya permitido definir en forma más concreta y más segura, tendencias y escritores. Creemos que si el autor se hubiera limitado al comentario de las figuras sobresalientes (Espejo, Olmedo, Montalvo, Mera, Crespo Toral, Silva, Carrera Andrade, Icaza, Gilbert, Diez Canseco) nos habría dado un cuadro más intenso de las letras ecuatorianas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que *La literatura del Ecuador* es un trabajo que, en su forma primera, estuvo destinado a presentar, en forma de conferencias, la literatura del Ecuador, ante la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Este hecho disculpa al autor, pero nos deja a sus lectores con el deseo de pedirle un panorama completo de la literatura de su patria.

A. TORRES-RIOSECO.

Juan sin tierra

(En *Rep. Amer.*)

Dedicado al Maestro
Don *Joaquín García Monge.*

—Ya no era posible vivir en la villa. Nos vinimos p'acá, p'Herradura y sembramos una milpa. Al prencipio mi marío y yo los acomodamos bajo un palo e ceibo y allí estuvimos mientras hacíamos rancho. Yo no conocía este lugar, pero es bonito; levantase uno temprano y oyir cantar las pavas espiando pa' la mar sin que naide lo cretique, es mejor que estar de lavandera ajuera. Pos como quiera que sea, uno siempre se friega, pero aquí somos libres de hacer lo que nos da la gana, siempre que no nos quiten el "derecho", como nos pasó l'otra vez, allá por Tronco Negro.

—¿Por Tronco Negro, dice?... Ya veo que vienen de larguito!

—Sí. A veces me cansa esta vida de probe y tener que andar di'un lao pa' otro, conociendo tierras y sin poder afianzarse en ningún pedazo d'ellas. ¡Viera, don, lo qu'es la vida del inorante y no tener tan siquiera quien lo valga!

La luz de la mañana jugueteaba arriba, en la copa de los árboles, e iniciaba por entre los claros del follaje, la danza de sus rayos. Por entre las rendijas de los astillones amarrados con bejucos y clavados en el suelo, contemplaba, a los lejos, la ensenada de Herradura. El mar, violeta y plata, saludaba al sol haciendo reverencias en la playa.

—Bonita la vistada, ¿verdá, don?

—Linda, señora... ¡muy bonita!... ¿sabe? Ustedes debían asegurar esto, haciendo el denuncio ante el Registro.

—¡Pa' qué! Si no vale, don. L'otra vez jué así: mi marío trabajaba en la Hacienda de don Pedro —que usté lo debe de haber oído mentar— y ese jué el que le metió a Rafel que denunciara cincuenta hetáreas en los baldíos de Tronco Negro. El le dijo: no, patrón, yo ni tengo plata pa comer, menos p'hacer el escrito y más encima pa' pagar el grimensor! "No seas tonto —le respondió don Pedro—: yo te ayudaré y poco a poco me vas pagando. Ya ves, Juan Sánchez, José Espinosa y otros han tenío más valor que vos: a todos ellos les he metío el hombro y allí los tenés"... Pos usté verá...! jué la respuesta de Rafel. Unos días después, don Pedro llamó a Rafel y en l'o ficina de la hacienda firmó el escrito. Ese día sí que nos jué bien: nos comimos un salmón que le dió a Rafel, más encima una mudada y un pañuelo de cuadros pa' mí. Viera qué agradecíos quedamos! Qué gran persona jué don Pedro con nosotros...!

Y un suspiro se escapó del pecho de aquella mísera criatura.

De pronto se levantó y pretextando el humo del fogón, se limpió los ojos con la falda de la "cotona".

Un grito taladró el silencio y pasó haciendo ecos en el bosque.

—Hijo, ya viene Rafel a'lmorzar!

Harapos la camisa y pantalón, barbado y sudoroso, entró en el rancho, jadeando.

—Güenos días, señor!

—Buenos se los dé Dios.— Me levanté a saludarlo.

—Ah, no se levante, está en su casa! Y ende una vez le digo que si gusta metese un puntalito con yo, aquí'ai pa'juntos.

—Gracias.— Me arrimaron un "guacalillo" con café y me lo tomé corcor. —Es suficiente: voy de paso y a esta hora no me da hambre.

—Ya se ve... usté es hombre de ciudá y allá acostumbran almorzar muy tarde.

Saqué de las alforjas un pedazo de queso y un bollo de pan.

—Tome, amigo, para que acompañe los frijoles.

—Se va'molestar!... Pos por no despreciarlo...!

Al hombre le bailaba una ancha sonrisa, masticando, y espiaba a su mujer, de reojo. Yo salí al patiecillo y me di a contemplar la salvaje llanura. Una "abra" cultivada de maíz, era la esperanza de aquella gente perdida por los bajos de la costa. Bosques, bejucadas y un caminejo tendido a la sombra de los árboles, se hundía entre pastizales, buscando la salida al puerto. ¡Herradura, Herradura! ¡Cuántos han llegado a tu suelo en busca de paz, huyendo de hombres que les estrecharon la vida de otros, atenidos al dinero y a la ignorancia de sus víctimas!

¡Prófugos, humildes, pobres: andad allá y doblaos bajo el bosque, en pos de una esperanza tan verde y traicionera, como el verdín del suampo, quieto y pestilente, que acecha en las miriadas de mosquitos inoculadores de la fiebre y la miseria!

—¿Sabe, don? —me gritó desde el rancho el hombre—: aquí puede sestear un rato. De por sí el sol está caliente y pobrecita la bestia. Ya está cerca p'onde va y atardecito s'espanta.

Y seguimos platicando...

—Pos don Pedro jué güeno... no se le puede quitar... Cosas que le pasan a uno! Es que rialmente no pude cumplir con los pagos y tuve qu'entregar el derecho. Pos imagínese!: yo trabajaba una semana en lo mío y otra le ayudaba a él, p'irle abonando algo y que me quedara algo pa la comedera, pero... un día me llamó don Pedro y me dijo: "Mirá, Rafel, así no podés seguir; ni me ayudás a mí en debida forma, ni ves lo tuvo como Dios manda. De doscientos pesos que pagué por la escritura y pa el grimensor, no me has pagao nada más que treinta... —y me palmeteó en el hombro—. Mirá —dijo endespués—: te voy a dar sesenta y yo pierdo lo demás, pero quitrate d'eso! Me jaló pa l'oficina y allí le firmé otro escrito...

Juan Sánchez, José Espinoza y tuiticos los demás, tuvieron qui'aser lo mesmo... !Qué va! Es qui'uno probe!... Pero ese día nos emborrachamos tuiticos en el comisariato. El patrón dió l'orden y además, nos regaló calzones de mezclilla y'un sombrero e'palma pa ca'duno y medecinas pa los chiquillos di'unos que salieron con paludismo, de abajo.

Seguí unos meses trabajando pa él, pero al jin mi'agüevé y resolví venime pa'cá. Esta tierra promete y dice don Vítor qui'uno trabajándola, naide lo quita y el gobierno endespués le da el "derecho"...

Salí, camino a la ranchería. El bochorno de la tarde me daba náuseas y la sangre me golpeaba en las sienes. Calor, sofocación y el bosque adormecido espiando al cielo en silencio. El caballo que montaba tropezó con la raíz de un árbol atravesado en el camino y estornudó, bufando. Unas "piapias" metieron el escándalo entre las frondas y los congos se soltaron a gritar a lo lejos. ¡Herradura, Herradura, a qué horas refrescará este diablo!... Luego de caminar un rato, se abrió el bosque y enseñó el dolor de la llanura calcinada, lo que reverberaba al sol de media tarde. Ranchos, orillados a la calle, daban una sensación de vida. Había "turno" ese día (era domingo) y el "burumbún" de la gente se asomaba desde un rancho abierto. Una marimba principió un "son" y se hizo más grande el alboroto.

—¡Uhipa! ¡uhipipiiiia!... ¡Aquí está el tronco en que se rasca el tigre! —gritó uno gesticulando retadoramente. ¡A ver, pendejos! ¿Cuál es el hombre?...

—¡Mirá como anda Miguel! —comentó un vecino y agregó: —Pucta y qué borrachera!

—¿Ves? ¡Eso es lo que a yo no me gusta! —le contestó otro.

—Dejalo, p'eso es parranda...

—No, es qu'eso no se debe premetir!

—Ah, bueno, si lo que andás buscando es otra cosa, salite ajuera, pendejo!

Y se armó un alboroto del diablo. Se fueron a las manos y luego al suelo, a puñetazos. Corrieron otros a apartar, decían, y se dieron razones a golpes. Gritos de las mujeres; gimotear de chiquillos asidos a la falda de sus madres... y luego las gallinas adobadas de la mesa rodaron por los suelos.

Llegué por fin a la casita donde me iba a hospedar y pasé la noche bajo el galerón de un trapiche, orillado a la misma. La noche,

quieta y sofocante, se alargaba al infinito. Croar de ranas; silbidos de pájaros nocturnos; sombras y misterios del bosque que huyeron de la llanada y se treparon a la falda de una loma.

No podía dormir. El cielo, de un azul oscuro intenso, me enseñó un trazo por entre los horcones del caidizo y empecé a pellizcar estrellas con los ojos...

Me desperté cuando el sol clareaba sobre la fila lejana de los montes, y resolví regresar a Orotina.

Meses después, en funciones de mi cargo, volví a Herradura. Ya las milpas y los arrozales habían rendido su tributo a los campesinos y llenaban las trojes de sus ranchos.

Humo, quemas, a todo lo largo del camino. El "Tárcoles", allá abajo iba resbalando su corriendo cristalina por entre "guindos" y peñascales.

Llegué a la desembocadura de ese río y crucé en bote, a la playa. La playa es el camino natural, frente al mar y desde ahí hasta pegar con "Las Agujas". Luego quebré hacia el Este y al pasar por "Quebrada de Ganado", me metí al "derecho" de un amigo de por allá.

—Upe— ¡que si en esta posada venden café!

—Pase e'lante y se sienta —me contestó la dueña y agregó: —Voy'arrimar la cafetera.

Se espantaron los chiquillos correteando hacia el patio y el más güiliche de todos daba jalones a la madre, lloriqueando.

—Jesús, qué muchachos más sapances: como nunca ven gente e'la villa, tuiticos se asustan y lo que hacen es juir pal monte!

El humo del fogón llenó toda la casa. Estampas de la Virgen y nuestro Señor Crucificado, adornaban las paredes, junto a varios cuadros de artistas de cine y de corridas de toros, a colores.

Momentos después llegó la señora de mi amigo con un plato de hojalata en una mano y un jarro de café en la otra.

—Ay perdone la confianza —me dijo—; tal vez le guste el venao y le traje un tasajo que asé en las brasas.

Comí la carne mientras por las rendijas del rancho me espiaban curiosos los chiquillos:

—Y Manuel, ¿dónde anda? —le pregunté, entre sorbo y sorbo de café.

—Es qui'ora está atariao con una rompida de terreno y aprovechó que Rafel Sánchez venía pa'juera con la mujer, de allá de la Herradura...

—¡Idiai! —le respondí— la otra vez que estuve donde él, me contó su mujer que estaban muy hallados y que ni a pasear saldrían... ah!, pero ya acato: seguro van a vender el maíz...

—No, qué va! Si nadita aprovechó! Si más bien viene de juída, pos ni rancho tiene es'tora...!

Y empezó el relato de aquella vida de congoja, desde que pasé, meses atrés, por su parcela, camino a la ranchería del "puerto" de Herradura.

La milpa se le dió mediana, y a costos, con su mujer, logró cogerla. Algunos poquitos de maíz salió a cambiar por dulce y café, pues con la baja del grano, resolvió guardarlo en tusa, dentro del rancho.

Jornaleaba a ratos para que algo le "cayera" —como él mismo decía— y así completar sus menesteres. Además, se enjaranó con un chanchillo en la esperanza de engordarlo.

Marzo regresó tostando las hojas de los montes y agrietando el suelo. Trazos de ceniza en las laderas hablaban de las quemas que pasaron derribando los árboles resecos.

Una noche, Rafael y su mujer, se metieron al camastro, tempranito. Carecían de canfín y velas y la oscuridad en el bosque es aterradora. Las serpientes huyen cuando avanza el fuego, tirándole tarascadas a las llamas y se esconden en los huecos o suben a los árboles, furiosas.

La noche fué metiendo sed en la garganta de Rosa, quien al fin, se apeó del camastro, a oscuras, a buscar agua en el "tiquí" que estaba sobre el tablón del moledero. Al pasar sobre el montón de maíz entusado, algo saltó de ahí y le pegó en la enagua; precipitadamente corrió ella hacia arriba y despertó al marido.

—Qués, qués?

—Jué com'un conejo que me brincó del maiz —le respondió, azorada.

Rafael trató de indagar y tocó al chanchillo con el pie, bajo el camastro; éste huyó refunfuñando hacia la cocina y al pasar, aquello que asustó a su esposa, atacó con furia al cerdo haciéndole gritar y, luego oyó que el pobre animalejo pataleaba, en el suelo. Sigilosamente se apeó, machete en mano y en el rescoldo del fogón, soplando, encendió unas tusas. Con ellas, en una mano, se volvió frente al troje. De pronto, con rapidez de rayo, se levantó en el aire y contra él, una "terciopelo" enorme. Saltó hacia atrás, lanzando, de la impresión, las tusas que volaron hacia arriba y que después cayeron iluminando el suelo. La serpiente se enredó peleando, a tarascadas, con la lumbre de abajo; pero arriba, el techo, empezó a crujir, envuelto en llamas...

Un árbol abrigó esa noche aquellos seres despojados de todo, sin esperanza de nada... sin un pedazo siquiera de tierra propia que los acogiera a ellos que ahora musitaban conmovidos:

"Padre nuestro
que estáis en los cielos..."

Marco Tulio RODRIGUEZ

Costa Rica.
15 de agosto de 1948.

Dos sonetos

de *Edgardo Ubaldo GENTA*

(En *Rep. Amer.*)

POSTERIDAD

Un día, más hermoso cuanto más del futuro,
esta patria versátil a mi amor infinito
cincelará mi nombre sobre triunfal granito
como su corazón, eterno, frío y duro.

Todos cuantos medraron con su favor seguro:
el conductor, el cónsul, el juez, el favorito,
yacerán en el polvo del infiel manuscrito,
como todas las tristes grandezas de lo impuro.

Pero serán entonces los hijos de sus hijos
quienes en los unánimes, públicos regocijos
celebrarán el magno tesoro que les lego.

¡Y qué podrá importarme mi fosal sin decoro
si el sol, el sol de América, como un puma de fuego
vendrá a besar mi lápida hasta volverla de oro!

EL LEON

Seguido de las hienas y los buitres feroces,
solo, como va el sol arrastrando vil coro,
pasa herido el león de frémito sonoro
que admiraron los bardos, héroes y semidioses.

¿Por qué calla? No sé. ¿Por qué ruge? Lo ignoro.
Reteniendo los ímpetus de sus garras veloces
cruza pausadamente las arenas atroces
soberbio como el sol entre melenas de oro.

Clavado de mil rosas con la más cruel espina,
por implacable piélago sin manantial ni palma
desparramando pétalos mi corazón camina,

como el león herido que con sublime calma
sale a medir con gotas de su sangre divina
la inmensidad estéril del desierto sin alma.

Montevideo, 1949.

REPERTORIO AMERICANO

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:

EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario sobre Nueva York

En las Ediciones CENTURION —nos place señalarlas— de Buenos Aires, se han reeditado estos dos libros muy apreciados de Lugones:

Filosofículas y *Las fuerzas extrañas*, Nos. 8 y 12 de la Colección Ulises.

Estas ediciones están al cuidado de Leopoldo Lugones hijo. Bien presentadas en su sencillez. Hágase de ellas, lector curioso.

———

La Editorial KAPELUSZ se presenta con estas dos obras últimas de su acreditada Biblioteca de Cultura Pedagógica. Volúmenes XX y XVIII, respectivamente.

Isabel Junqueira Schmidt: *Orientación educacional en el Brasil.*

Lo prologa la Prof. Clotilde Guillén de Rezano. La lectura de esta obra informa, clara y suscintamente, sobre el origen, el por qué, la forma, el momento de realizar la orientación educacional, su área de influencia, que no sólo abarca el plan de estudios en sí, sino además el descanso, los ocios, las actividades periescolares, ya sean de carácter moral, religioso, cívico, físico, etc.

M. Violet-Conil y N. Canivet: *Exploración de la mentalidad infantil.* Teoría y técnica de la investigación. Prólogo de la Prof. Clotilde Guillén de Rezano.

Teoría y técnica para iniciarse en el arte de valorar la personalidad del niño.

———

Nuestro generoso amigo y colaborador José Raggio, en Buenos Aires, nos remite estas dos obras:

Aldous Huyley: *La Filosofía Perenne.* Editorial Sudamericana.

En la 2da. edición, junio de 1949.

Libro de cabecera, antología del saber de salvación, para los preocupados que lo entiendan y practiquen. Gran libro.

Emeterio S. Santovenia: *Sarmiento y su americanismo.* Editorial AMERCALEE. Buenos Aires.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Libro muy de nuestro gusto. Lo hemos de leer con el mayor interés.

———

La Editorial SUDAMERICANA, en Buenos Aires, ofrece a sus lectores estas obras; fíjense, pues:

Rafael Dieste: *Luchas con el desconfiado.*

Dos ensayos muy interesantes: trata uno de la *humildad empírica* ("Sobre la Libertad Contemplativa") y trata el otro del problema de la *sinceridad* ("El Alma y el Espejo").

Fermín Estrella Gutiérrez: *Sonetos de la soledad del hombre.*

Confesión y mensaje, vida profunda y fluyente: paisaje —árbol, mar, soledad del campo—, amor, belleza y muerte.

(El autor en el ejemplar que nos manda, nos honra. Cuánto se lo agradecemos).

Guillermo Nannetti: *Drama de Antonio Arango. Alfabeto del suelo.*

En las *Series de la UNESCO.* Serie A.: los hombres y su alimentación.

Trata este asunto que ya inquieta al mundo: la erosión del suelo.

Salvador de Madariaga: *El Hamlet de Shakespeare.* Edición bilingüe. Ensayo de interpretación. Traducción y notas de S. de M.

Con este volumen enriquece la Editorial Sudamericana la Colección Teatro.

Carmen Gándara: *El lugar del Diablo.*

Seis cuentos hermosos y originales. Relatos perdurables.

(*No deis lugar al diablo.*—Efesios, 27-IV).

Roland Dorgeles: Camino de los Trópicos. Traducción de Eduardo Warschaver.

En busca del trópico y las primeras culturas africanas y asiáticas. Tragedia de hombres, bestias y paisaje.

Otro de los folletos de las Series de la *UNESCO*:

La doble crisis por Aldous Huxley y *La salida* por John Russell. Traducción de C. A. Jordana.

Se plantea el problema de los recursos alimenticios mundiales.

Conde de Keyserling: *Viaje a través del tiempo. Origen y desarrollo.* Traducción de J. Rovira Armengol.

En esta obra póstuma, el filósofo Keyserling presenta su propio mito enlazado con el devenir cósmico, histórico y personal. Una galería de retratos vivos de los personajes más notables de nuestro siglo.

John Galsworthy: *El propietario*, seguida de *El verano otoñal de un Forsyte.* Traducción de León Mirlas.

El Propietario es una de las tres novelas que forman *La zaga de los Forsyte*, serie famosa.